

Cualquier cosa, menos quietos

UNIVERSO CENTRO

Número 39 - Octubre de 2012 - Distribución gratuita - www.universoctrato.com



4

Mi compatriota la guerrillera



6

Noche y niebla



8

Muhammad y Yadisha



10

Un fantasma muy apacible



12

Berenice



16

La vida vertical



22

Camerino azul



UNIVERSO CENTRO
Publicación mensual

DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDITOR

– Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora

– Juan Carlos Orrego

– Guillermo Cardona

– María Isabel Naranjo

– Alfonso Buitrago

– Ana Lucía Cárdenas

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

COORDINACIÓN COMERCIAL

– Ana María Duque

DISTRIBUCIÓN

– Érika, Sebastián y Gustavo

CORRECCIÓN

– Paca y equipo UC

ASISTENTE

– Sandra Barrientos

Es una publicación de la Corporación Universo Centro

Número 39 - Octubre 2012

16.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM

Dueños del desorden

La huella de un puesto de perros, un espacio manchado por las salsas regadas durante años, puede valer ocho millones de pesos. En el día parece mugre sobre la acera pero en la noche es oro. Las marcas que deja un cajón de aguacates en una esquina cobran valor a punta de sol y agua. Defender el espacio público significa identificar a los socios fundadores de los negocios en las aceras, poner límites día a día, pactar deberes y garantizar estabilidad. El Estado, como los venteros, debe madrugar a ver cómo va el negocio y a pelear el espacio con quienes “vigilan” armados de una amenaza que puede ser solo un guiño. Las ventas ambulantes, estacionarias, extorsivas, piratas, inocentes, indecentes..., proveen buena parte de los empleos en todas las ciudades del país. Toca inventar una Cámara de Comercio a la intemperie para regular el negocio.

Pero la administración municipal está en otro cuento. Gobierna más por la vía de las oficinas y el Concejo. Mira más la burocracia que las calles. Aquí funciona la “unidad municipal” y los concejales todavía hacen debates a la alcaldía de Salazar. La Gerencia del Centro, que se había convertido en un interlocutor clave entre La Alpujarra y la gente que trabaja, vive y visita los alrededores del Parque Berrío, solo fue ocupada ocho meses después de la posesión del alcalde. El elegido para ese escritorio que se debe ejercer a pie resultó ser el gerente de una empresa de confecciones. Llevaba un mes cuando le estalló una asonada que no se veía hacía tiempos: el inconformismo derivó en gritos, los gritos en marchas, las marchas en manifestaciones, las manifestaciones en pedreas, las pedreas en vandalismo, el vandalismo en pillaje y el pillaje en un caos organizado por la bandas. Nadie en La Alpujarra parece entender que la “normalidad” del centro incuba riesgos que no están programados en los afiches de los grandes eventos.

Los venteros son una clientela política importante. El carné que autoriza a arriar la caja es casi un cargo público. En los últimos años se intentó que la negociación no fuera entre vendedores y concejales o funcionarios. Se alentó la creación de organizaciones y se definieron ca-

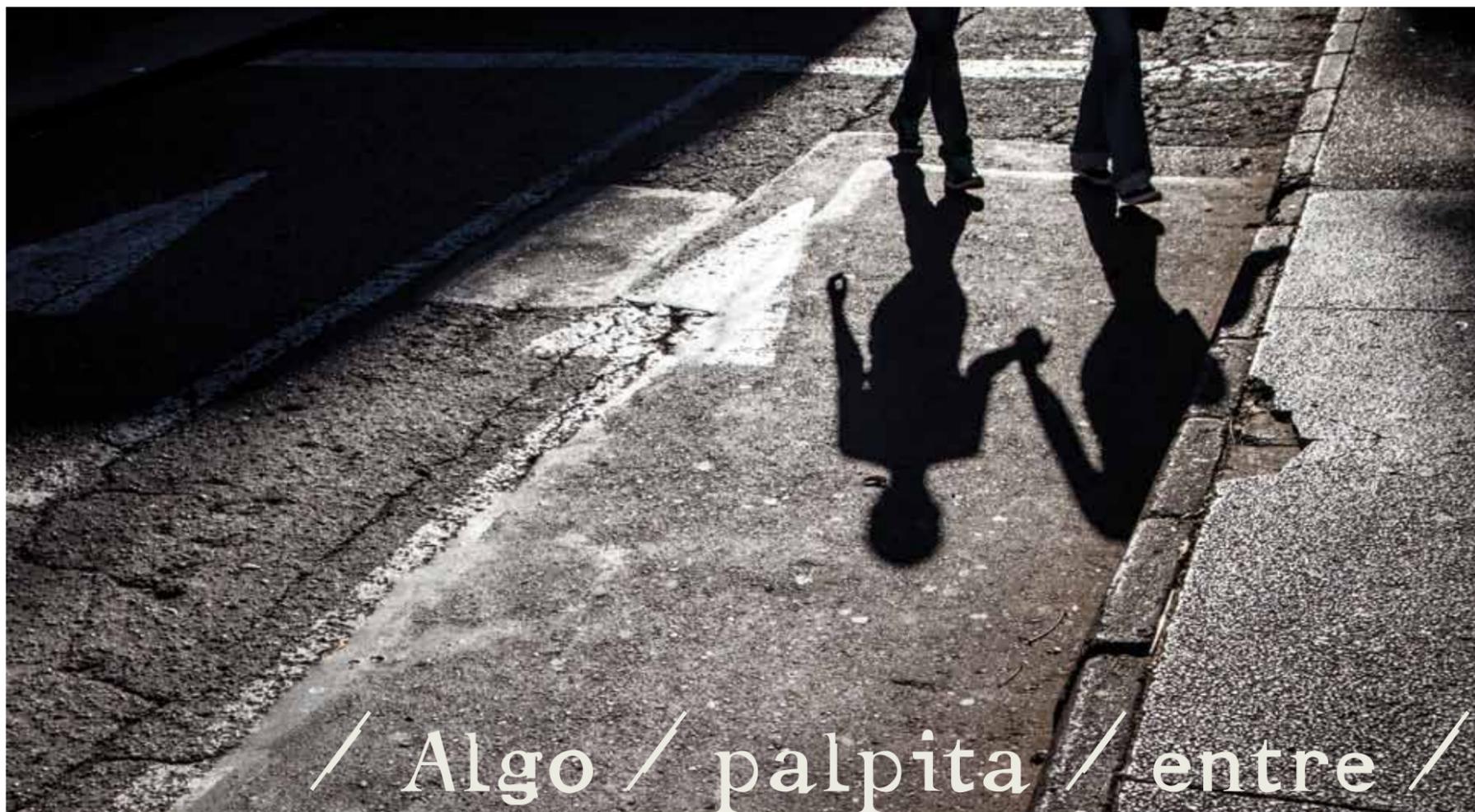


lles en las que no había lugar para chazas, había límites y se necesitaban cambios. Más de cuatro mil venteros estaban trabajando y concertando con la Alcaldía. Luego de la asonada del pasado primero de octubre, en la administración municipal nadie mencionó ese proceso. Se habló de una especie de complot criminal contra el Plan Piloto de Vida, Seguridad y Convivencia para el Centro, que se había lanzado ocho días antes. Decir que los alborotadores, vándalos, ladrones y manifestantes del día hacían parte de una movilización ilegal organizada asusta un poco, pero era necesario refugiarse en las mafias para esconder el despiste.

Entre nosotros la ilegalidad y la informalidad están muy cerca. En un día se puede pasar de un estado a otro tres o cuatro veces. El reto de los funcionarios es hacer más visible esa línea y proponer alternativas que permitan mantenerse en los compromisos con lo público. Si no se logra, el Centro será no solo un mercado intransitable sino también un territorio con reglas dictadas por los dueños de la economía del desorden. Ellos se encargarán de arrumarlos y cobrarles. Ya no importará la huella del cajón en la acera: los señores de la calle dirán quién trabaja en cada esquina; los carnés firmados en La Alpujarra valdrán un peso. Tal vez ese fue el mensaje que quisieron dar cuando destruyeron una de las oficinas de Espacio Público.

Las consecuencias del desorden se oyen y se ven todos los días. Hablar de mugre es simple cosmética. Decir que Fenalco presentó datos alarmantes en sus encuestas sobre seguridad, es atender una simple pataleta de los comerciantes. Contar las anécdotas de los diez amigos atracados en los últimos veinte días, desconoce las estadísticas. Contar la historia de los pillos que desplazan al que prende un porro en una esquina, es defender a los viciosos. Hablar de la bolsa con un muerto en pedazos tirada en la calle Echeverri, es hacer prensa amarilla.

Pero si juntamos las historias y las opiniones habrá que concluir que algo malo pasa en el Centro; como siempre por algunas causas remotas e indescifrables, y como nunca por ignorancia, desconocimiento, desidia, alejamiento de la realidad de la Alcaldía de Medellín. ☹



Algo palpita entre las juntas

por JOSÉ ANDRÉS ARDILA

Fotografía: Juan Fernando Ospina

¿Han probado andarse Medellín sin pisar las juntas de las losas? Es como saltar piedras en un río. De pronto, un pie calza holgadamente en la losa amplia y se puede estirar la pierna casi de forma natural, porque el otro pie cae sin esfuerzo a la distancia justa de las juntas, y uno dice:

—Así es que se debería caminar siempre en Medellín.

Entonces, hasta prueba mirar para arriba mientras camina y, cuando baja la mirada, ahí está el pie, a salvo en el interior de la losa.

Pero también suele pasar que uno deba andarse las calles en puntillas, aferrándose con los dedos a las diminutas cuadrículas de los andenes, a los adoquines de Carabobo, cada paso dado con la agilidad del equilibrista sobre mil adoquines en línea-recta-cuerda-floja, y una sombrilla invisible tirando el cuerpo hacia el lado opuesto del abismo. O que las losas sean tan anchas, que no quede más remedio que avanzar con zancadas de garza en pleno mangle. O que le toque la mala suerte de una calle agrietada —¡Dios, odio las calles agrietadas!—, y se deba buscar de improviso algún tipo de simetría en esos pasajes tan endemoniadamente arbitrarios.

Eso sí que es un problema. Tres grandes losas en serie, cuarteadas por líneas como relámpagos en un firmamento de hormigón y postura de bailarín de ballet: Undostrescuá, undostrescuá, undostrescuá, undostrescuá. Odio

el ballet porque odio las calles agrietadas, undostrescuá, undostrescuá, y, aún si se es experto, lo sé, es inevitable terminar pisando alguna de las líneas y llegar a la tentación de pánico, un sendero ardiente, correr sin mirar el piso hasta estar a salvo.

Pero, también, andarse Medellín sin pisar las juntas de las losas es reconocerle a la ciudad su piel de asfalto y arañarla como un gato que anida en la poltrona de la sala. Uno camina por La Playa y no existe Coltejer ni intersección con Junín ni multitud de hora pico ni temor a los ladrones. Apenas una fanfarria de bocinas y un ¡clash! de la puerta trasera de un bus que frena y la cumbia saxo del músico sobre La Oriental y la moneda de cien pesos chocando con otras monedas en el fondo del sombrero y taconeo de oficinistas y esta sensación de muchas voces saliendo de ninguna parte porque en las calles nadie parece hablar con nadie.

Cuando uno se anda Medellín sin pisar las juntas de las losas, intuye la cercanía de los objetos por las sombras en el piso o por la franja de concreto más gruesa al final de la cuadra o por ese dolorcito punzante entre las cejas o por la imagen que grita desde el fondo de la memoria como una alarma. Entonces se percata, de golpe: Un semáforo. Una caseta de frutas. El hombre que se tiende en el andén de La Playa, cerca de El Palo, a leer y a comer pan con gaseosa. Todo le llega sin pedirlo. Alguien se agacha, le habla unos minutos, le dice:

—¿Qué está leyendo?

Y él responde como por no dejar. No despega la mirada de las páginas del libro. Ve a la persona con la que habla de reojo porque sabe que probablemente le dejará unas monedas para comprar algo de comer... y seguir leyendo, desde luego. Sólo quiere seguir leyendo.

Un hombre como este es más difícil de ver si uno no se anda las calles sin pisar las juntas de las losas —mirada al frente y al ritmo de la turba—, porque pertenece a ese grupo de hombres cuyas vidas transcurren casi al ras del asfalto. Toda otra ciudad en el raballo del ojo del transeúnte; literalmente, la ciudad de abajo: la mujer con piernas de elefante de la Plazoleta Nutibara. Los artesanos y librerías, que empiezan a poblar las aceras después de la seis de la tarde. El hombre con ganchos en la tibia, tendido sobre la calle Colombia. Los venteros de cachivaches bajo las vías del Metro, que desaparecen y aparecen, como cucarachas, según el ánimo de los funcionarios de Espacio Público o el evento de turno en la ciudad.

Medellín tiene sus propias compulsiones. Se lava con la frecuencia de una loca. Como Lady Macbeth que se enjuaga sin descanso la sangre invisible de sus manos, así es Medellín: siempre con su propia sangre por lavar. Esconde cosas debajo del tapete. Hasta a los habitantes de la ciudad de abajo, quizá sus auténticos hijos, los sacudió en algún momento por vergüenza. A mediados de la década pasada, Espacio Públi-

co limpió de ellos las calles de El Centro y los descargó en la periferia de la ciudad, en municipios menos dignos. Medellín se veía fea con tanta gente tirada por ahí.

Salvo por las sillas de Junín y Carabobo, las calles del centro de la ciudad no están hechas para detenerse. Si uno no las camina sin pisar las juntas de las losas, es arrastrado, sin darse cuenta, como por tubos de cañería. Le es más difícil percatarse, por ejemplo, de que en Medellín casi no hay gatos ni perros callejeros y que solo las ratas han plantado resistencia.

Medellín quiere ser bonita. No cesa de hacerse retoques. De pronto, en alguna parte, brota otra biblioteca o un parque o un monumento de hormigón o se reforma una calle o se levantan tres torres de apartamentos diminutos en un antiguo barrio de invasión. La Medellín de los comerciales televisivos es una vista lejana desde el Metrocable, hermosa porque es lejana, un plano cerrado de la plazoleta Botero, varios campesinos con silletas de flores en las espaldas y un niño con un globo que ve pasar el Metro.

Pero cuando uno se anda Medellín sin pisar las juntas de las losas, puede tener más oportunidad de captar su pulso secreto. Así, paso a paso. Zancada a zancada, tal vez. Porque lo presiento... lo sé, mejor: en algún lugar debajo de tanto maquillaje y carne muerta... en algún lugar, queda algo que palpita. ©

MI COMPATRIOTA LA GUERRILLERA

por NICO VERBEEK

Ilustración: Verónica Velásquez

Ahora que el gobierno Santos ha iniciado un nuevo proceso de paz con las Farc, me surgen dos acotaciones con respecto al tema: una es estructural y de fondo y otra es más frívola.

En cuanto a la primera, me pregunto sinceramente si la guerrilla de hoy, narcotraficantes y secuestradores como son, merece que le abran un espacio para “negociar” el futuro de la sociedad colombiana. ¿Acaso por el solo hecho de haber sido un generador de violencia por cincuenta años, han ganado el derecho de ser tenidos en cuenta para tomar las grandes decisiones de la democracia colombiana? Honestamente creo que con las Farc de hoy solo se debería negociar una especie de entrega y sometimiento a la justicia, algo parecido a lo que hizo el gobierno Gaviria a principios de los noventa con el Cartel de Medellín.

En cuanto a la segunda acotación, en algún momento me imaginé la vida colombiana con la presencia de algunos de los guerrilleros de las Farc como ciudadanos de “bien”; por ejemplo, cómo sería encontrarse algún día en la calle con un tal Romaña o un tal Grannobles o un tal El Paisa...

Tengo otra pesadilla, pero es más personal y me atrevo a expresarla aquí, ahora que los militantes de las Farc aún no han bajado del monte. Lo digo con toda sinceridad: temo encontrarme algún día con Tanja Nijmeijer, la guerrillera holandesa que milita desde hace más de diez años en las Farc, toda una veterana de guerra; todavía más ahora que según los rumores la misma Tanja va a estar presente en los diálogos de paz como miembro del “equipo negociador”, o simplemente como traductora. Esto parece una clara indicación de que las Farc, más que en una negociación de paz, parecen estar preocupadas por hacer propaganda en el exterior y reparar su imagen (o lo que quedó de ella) en países europeos.

Es hora de refrescar un poco la memoria sobre esta señora de la guerra. Tanja decidió ingresar en las filas de las Farc cuando tenía 21 años, y en 2007 logró su “cuarta hora de fama” cuando el ejército colombiano descubrió unos diarios que había escrito durante las largas noches en la selva colombiana.

Fue una tarde del 18 de junio, en límites de los municipios de La Macarena y La Uribe, cuando un comando de la Fudra (Fuerza de Despliegue Rápido) del Ejército llegó hasta el campamento de Carlos Antonio Lozada, entonces miembro del Secretariado de las Farc; también era comandante del temido Frente Antonio Nariño, o sea jefe de los milicianos que ponían bombas en Transmilenio y atentaban contra comerciantes que se negaban a pagar extorsiones. La guerrillera holandesa trabajaba en la capital como profesora de inglés en el Wall Street Institute, su fachada oficial, mientras en las noches



aprendía el oficio de la guerra urbana, armaba bombas y preparaba atentados. Según sus compañeros, resultó ser una alumna aplicada. Tanto, que pronto recibió una llamada de los duros de las Farc para que se trasladara a las selvas del país y se desempeñara como guerrillera con todas las de la ley... del monte.

En el campamento encontraron el portátil de Carlos Lozada, que contenía información “importante” sobre las Farc. Pero la mayor sorpresa fue encontrar, en medio de las pertenencias que dejaron los guerrilleros en su fuga, cuadernos escritos en una lengua que los soldados no supieron descifrar. El hallazgo parecía confirmar la sospecha de la inteligencia militar de que había jóvenes europeos en las filas de la guerrilla. Intrigados por el hecho, los militares enviaron los diarios a Bogotá, donde establecieron que los textos estaban escritos en holandés. De esa manera se logró que Holanda supiera de una guerra ajena, desconocida para la mayoría de sus habitantes. La conmoción fue notoria en un país donde una riña callejera en la zona rosa de Ámsterdam bien puede ser el titular principal de un periódico nacional.

Los cuadernos contenían el diario de una joven holandesa que aparentemente había pasado de una simpatía distante por la lucha revolucionaria en lejanos países –común en algunos jóvenes europeos sensibles y a veces ingenuos–, a la militancia armada en el gru-

po guerrillero más antiguo del continente americano.

La noticia no pasó desapercibida en Colombia, donde los noticieros abrieron con la historia de esa chica holandesa que había venido a ayudar a derramar más sangre en el campo colombiano –como si para eso se necesitara ayuda foránea–. Los medios de comunicación comenzaron a buscar a la familia de esa muchacha que había decidido cambiar un pueblito perdido en el campo holandés por las selvas inhóspitas de la lejana Colombia. Todos se preguntaron en coro: ¿por qué y para qué? ¿Para perseguir un sueño revolucionario? ¿Para ayudar a los pobres indígenas en el campo colombiano, como les había asegurado Tanja en el último mensaje a sus padres, que aún no tenían idea? ¿O a buscar algo de aventura y dejar atrás su vida previsible, sosegada y de pronto demasiado aburrida? Aún no se había inventado aquel famoso eslogan para promocionar a Colombia en el exterior, pero parece que Tanja tenía ya bien claro que de verdad “Colombia es pasión”, y corrió el riesgo de quedarse.

Los textos del diario daban algunas luces sobre las motivaciones verdaderas de esa chica, que quiso seguir los pasos del Che Guevara pero se comportó más bien como una Mata Hari moderna. Unas citas de su diario son dicentes:

11 junio, 2007 Mi amor de una noche resulta ser no solamente torpe y estúpido, sino también deshonesto. Ma-

las pero confiables lenguas dicen que él compró perfume y shampoo para su –aaaah!!– novia. Por qué yo? Por qué siempre escojo los malos? Pero bueno, todavía hay oportunidad de tomar una decisión y creo que no es tarde para poner las cosas en su sitio.

14 junio, 2007 Parece que conseguí un novio. Hemos negociado y él va a hablar con su comandante para ver si podemos estar juntos. Sin beso, nada. Puras negociaciones. Gracioso no? Tiene buen cuerpo y bonita sonrisa. Vamos a ver. Por lo demás, no más noticias. Estamos todavía en entrenamiento, bastante duro y yo estoy echando demasiados músculos. El camarada [novio] está a dos días de camino y a veces lo extraño. El novio que tengo –un negro muy bonito que parece una estrella de cine de una película americana– me manda saludos y cigarrillos. Tengo ganas de sexo, y qué? Las últimas dos veces no eran muy bueno, yo tengo el derecho a algo que vale la pena, o no? Hoy no lo he visto.

Sin embargo, había partes de su diario donde criticaba abiertamente a las Farc, “su nueva familia” –como llamaba a la guerrilla en otras páginas–, cuestionaba la forma en que los comandantes organizaban la vida de los guerrilleros rasos, y se preguntaba por lo que quedaba del fuego revolucionario de este grupo guerrillero:

Realmente no sé a dónde va a parar este proyecto. Cómo será cuando estemos en el poder? Las mujeres de los co-

mandantes en sus Ferrari Testa Rossa, con tetas de silicona, comiendo caviar? Parece que así va a ser. La mujer del comandante... Si tienes suerte, le sobra una ropa interior bonita. Si ella no la bota, de pronto la da a uno. Ellas tienen ropa bonita, shampoo, realmente me dan ganas de vomitar. Ayer vinieron unos civiles al campamento y alcancé a escuchar que la mujer del segundo comandante preguntó si las cosas que ella había pedido ya habían llegado. El civil contestó que solamente no había podido conseguir la crema, de resto todo. MIERDA! Tu quisieras ser así? Ellas no tienen vergüenza?

Era entendible que los textos de la camarada holandesa, por múltiples razones, no fueran de mucho agrado para los comandantes de las Farc. Entretanto, su historia continuó dando de qué hablar en Holanda, aunque por la ausencia de información sobre lo que había pasado con ella después de la fuga, las noticias en los medios holandeses eran repetitivas y explicaban poco. Por esta razón siempre existía el riesgo de que la historia de Tanja resultara atractiva para miles de jóvenes europeos en edad "impresionable", que, aburridos con la vida que tenían, quisieran imitarla. Entonces, dos personas que conocen muy bien los horrores de la violencia en Colombia y las entrañas de las Farc decidieron escribir una biografía sobre Tanja para advertirles a estos ingenuos sobre los peligros de la vida guerrillera: León Valencia, desmovilizado de la guerrilla en los noventa y analista político, y Liduine Zumpolle, defensora de los derechos humanos en Colombia. Mi papel en este proyecto fue como coeditor y traductor.

Después de la publicación de apartes del diario, poca gente daba un centavo por la vida de Tanja. Los cuadros de las Farc, conocidos por su jerarquía de hierro y su estricta disciplina, no parecían dados a perdonar este tipo de "deslices". Efectivamente, supimos por fuentes dentro de la guerrilla que Tanja iba a ser sometida a un "juicio revolucionario" y que incluso los guerrilleros rasos estaban furiosos con ella. Todo el mundo sabe que hay pocas posibilidades de salir vivo de estos tribunales farianos.

Sin embargo, como en una novela de suspenso, Tanja se salvó de la ejecución en el último minuto, mientras esperaba el veredicto en una choza del campamento. Su salvador fue Raúl Reyes. El "canciller" de las Farc, que probablemente era el personaje más informado dentro de la guerrilla, se dio cuenta del especial interés que Tanja había despertado en Europa. Le habían llegado varias peticiones de entrevistas a él y a Tanja de parte de canales de televisión, periódicos y revistas. Se dio cuenta de que, bien manejada la situación, las Farc podrían seguir obteniendo frutos de la presencia de Tanja en la guerrilla, y concluyó que matarla no serviría a la guerra de propaganda que las Farc ejercen en círculos europeos.

Entonces mandó razón al Mono Jojoy, jefe directo de Tanja, para que le perdonara la vida, y le hizo ver que sería mejor que la pusiera a trabajar como cartel publicitario. No fue nada fácil convencer al Mono, no tan versado en los juegos de la diplomacia, más un tipo de plomo y plata, pero finalmente se impuso la voluntad de Reyes y Tanja pudo vivir. Claro, esto tenía un precio: a partir de ese momento ella estaría bajo custodia directa del Mono, y tendría que ponerse a disposición del secretariado para cualquier requerimiento.

El proyecto más ambicioso en este sentido era la publicación de otro libro, para contestar de alguna manera al libro de Valencia y Zumpolle, en donde la vida de Tanja, desde su primero con-

tacto con Colombia, su práctica como profesora en un colegio en Pereira, hasta su vinculación definitiva en las Farc, fuera descrita como un epopeya revolucionaria que conservara cierto tono crítico hacia las Farc. Con ese fin le dieron la oportunidad al periodista Jorge Enrique Botero de entrevistarse con Tanja en las selvas y construir una "visión" fariana de los acontecimientos. Entonces vio la luz pública un libro titulado *La vida no es fácil papi*, donde Tanja explica los motivos por los cuales se alzó en armas, las razones por las que el Mono Jojoy, recién muerto en un bombardeo, era para ella un héroe de la revolución, y otras reflexiones que pretendían justificar la lucha armada en Colombia en pleno siglo XXI. También hubo espacio en el libro para repartir vainazos a personas que la guerrilla considera enemigos de la revolución, como la misma Liduine Zumpolle, a quien las Farc no perdonaron haber escrito el primer libro sobre Tanja, ni su apoyo a guerrilleros en las cárceles colombianas que quieren desmovilizarse en vez de seguir las órdenes de los cuadros guerrilleros en los patios.

En Holanda el interés por la compatriota guerrillera no ha disminuido, y cualquier noticia sobre ella se convierte inmediatamente en titular. A mí me da pesar de que toda esta avalancha de noticias no haya llevado a un conocimiento más real de la situación en Colombia, y que la información siempre se limite a los detalles picantes alrededor de la muchacha bonita con un AK-47 en sus manos.

El hambre por la chiva incluso llevó a un "respetable" noticiero holandés a internarse en la frontera colombo ecuatoriana, donde Raúl Reyes les había prometido una entrevista exclusiva con Tanja, casi en el mismo lugar donde meses después perdería la vida en un ataque del gobierno colombiano. Sin embargo, al llegar al sitio se encontraron con la sorpresa de que Tanja no estaba, y en lugar de una entrevista exclusiva con la famosa guerrillera tuvieron que soportar un monólogo de Raúl Reyes sobre las bondades de la revolución y los valores guerrilleros. Se perdió el tiempo y la plata que los comandantes de las Farc exigieron a los periodistas holandeses para tener acceso a Tanja.

Según fuentes confiables, Tanja ha hecho progresos en la comandancia de las Farc: pudo asistir a "cursos de ascenso", y también se sabe que tuvo una relación amorosa con un sobrino del Mono Jojoy. En su hoja de vida estaban siempre anotadas su indisciplina y sus tendencias ninfómanas, que aparentemente le impiden escalar dentro de la jerarquía guerrillera.

¿Qué papel tendrá Tanja cuando la paz reine en Colombia y los guerrilleros hayan obtenido algún tipo de indulto o amnistía? ¿Qué hará esta chica holandesa que soñaba con entrar triunfante por las calles de Bogotá, celebrando la victoria de la revolución? ¿Que hará cuando la aventura se haya acabado? ¿Podrá contentarse con una vida pequeñoburguesa? ¿Perseguirá sus sueños revolucionarios en otras latitudes?

Una verdadera pesadilla sería el regreso de Tanja a Holanda: los medios la esperarían con ansiedad para que hablara de sus aventuras en las selvas de Colombia, las editoriales se pondrían en fila para publicar su autobiografía, en la que ella nunca mencionaría las minas antipersonal que sembró, los soldados que mató; en otras palabras, seguramente no hablaría sobre su responsabilidad en esta oscura época de la historia colombiana. Publicar un libro así sería para las Farc y su revolución armada una segunda oportunidad sobre la tierra europea... UC

Lo mejor de tu fiesta de cumpleaños lo vives una vez al año.

Lo mejor del gas natural de EPM, lo puedes disfrutar todos los días

¡Aprovecha por tiempo limitado!

Disminución
 - De la tasa de interés para los estratos 1, 2 y 3
 - Del precio de la conexión

- Más económico y ecológico que otros energéticos.
- Con la conexión al servicio, los estratos 1, 2 y 3 reciben una cocineta a gas de 2 puestos.
- Subsidio en el consumo para los estratos 1 y 2.

Además de estas facilidades, disfruta de todos los beneficios del gas natural: seguridad, disponibilidad permanente del servicio, valorización de tu vivienda y cuidado del medio ambiente.

Llama ya al 44 44 115 o pregúntale a nuestros asesores

Gas Natural de EPM
 Un cambio en tu hogar que cuida la vida

epm
 estamos ahí.

Jardín Botánico 40 años Medellín

Algo nuevo cada día



Noche y niebla

Diez años de la Operación Orión

por RICARDO L. CRUZ

Fotografía: Juan Diego Restrepo



Desde hace tres años doña Julia debe abordar el bus que la lleva todos los días a su trabajo en la misma esquina donde vio por última vez a su hija. Fue en ese mismo punto del barrio 20 de Julio de la Comuna 13 donde Leidy, la mayor de sus cuatro hijas, abordó un taxi en compañía de un amigo de su novio. Era la noche del 26 de diciembre de 2002 y en el barrio se respiraba un tibio ambiente navideño. Ese año los habitantes del barrio se sintieron con el derecho de celebrar las fiestas navideñas como Dios y la tradición mandan. Después de todo, eran días en los que no se escuchaba el traqueteo de las armas y sentimientos que se creían ajenos a esta comunidad, como la esperanza, la tranquilidad, volvían a ser habituales.

No obstante los “buenos vientos” a Leidy la embargaba una inexplicable tristeza. Su madre recuerda haberla visto muy callada ese mes, como “ensimismada”. “A principios de diciembre había estado muy aburrída y no supimos por qué”. Doña Julia solo la veía esbozar una sonrisa cuando jugaba con su hija Mariana. También cuando hablaba con Mauricio, su novio y padre de la niña. El ser padres los sorprendió a ambos: ella tenía 17 años cuando dio a luz a Mariana un 5 de enero de 2000; él si acaso sobrepasaba los 20 años para ese entonces. Bien dice el viejo refrán que la maternidad se elige, la paternidad se asume y, a decir de doña Julia, Leidy eligió ser una buena madre y él no pudo asumir con responsabilidad su rol. Con todo y ello, doña Julia no pudo oponerse a la relación. Al fin y al cabo “ellos se llevaban bien, se querían, no tenían problemas graves como pareja”, tal como lo atestiguó muchas veces Marly, hermana de Leidy.

Fue precisamente una llamada de parte de Mauricio, cerca de las 8:00 de la noche, la que sacó a Leidy de su casa la noche del 26 de diciembre. Inmediatamente después de colgar el teléfono,

Leidy buscó el jean y la blusa azul oscura que escondía su larga cabellera negra. Llena de entusiasmo le pidió a su hermana Marly que la acompañara, pero ella, que había sido cómplice en encuentros anteriores, esta vez no quiso ir: “me pareció bastante incómodo ir de ‘velita’ viendo que ellos querían estar juntos”.

El taxi la recogió en la esquina donde meses atrás los milicianos ajusticiaban a quienes consideraban sapos, torcidos, infiltrados, viciosos, ladrones o aliados del enemigo. No fueron pocas las veces en que los habitantes del 20 de Julio se toparon allí con cuerpos sin vida de hombres, mujeres, jóvenes y hasta niños. Como en aquella ocasión en que doña Julia vio caer asesinados a un par de jóvenes que el comandante del sector y varios de sus subalternos habían traído esposados de otro barrio. O como la vez que vio cómo los “muchachos” asesinaron a una joven proveniente de la Costa Atlántica acusada de pasarle información a los paramilitares. Pero los milicianos habían sido expulsados de la Comuna gracias a la acción valerosa de las fuerzas del Estado, o por lo menos así lo pregonaba la propaganda oficial.

El tiempo se encargaría de demostrar que la oficialidad exageró en su parte de victoria, minimizó los impactos de su acción y desestimó lo que comenzó a ocurrirles a personas como doña Julia, a quien le bastaron un par de horas para descubrir que su hija no había llegado a su cita y que algo grave se cernía sobre su familia. Nadie dio razón de Leidy esa noche ni la siguiente. Semanas antes, la familia de Mauricio vivió el mismo drama: su hermano mayor había sido abordado por dos sujetos que le pidieron que los acompañara. Además del parentesco, a estas dos familias las unía ahora la tragedia. Y con el pasar de las horas se convertía en realidad el rumor que doña Julia había escuchado de que a los jóvenes de la Comuna los estaban desapareciendo.

Informes de organizaciones defensoras de derechos humanos señalan

que al momento de la desaparición de Leidy se habían registrado por lo menos otros 15 casos similares a este. Como el caso de Ermey Mejía, de 22 años, quien no pudo asistir a su entrevista de trabajo el 19 de diciembre de 2002 en el Edificio Inteligente de EPM, porque la noche anterior salió a las 9:30 de la noche de su casa, en El Salado, en compañía de un conocido del barrio que lo invitó a dar una vuelta. Poco o nada se sabe a la fecha sobre el paradero de Ermey, ni de su acompañante. O como el caso de Fernando, un hombre de 25 años que se ganaba la vida manejando un camión y fue sacado de la casa de su novia, en el barrio Nuevos Conquistadores, un 28 de noviembre de ese mismo año, en circunstancias que su madre aún recuerda vivamente: “llegaron dos hombres que no eran del barrio, tocaron la puerta y le pidieron que si los podía acompañar, no sé a dónde, pero como vio que la cosa era calmada, se fue con ellos”.

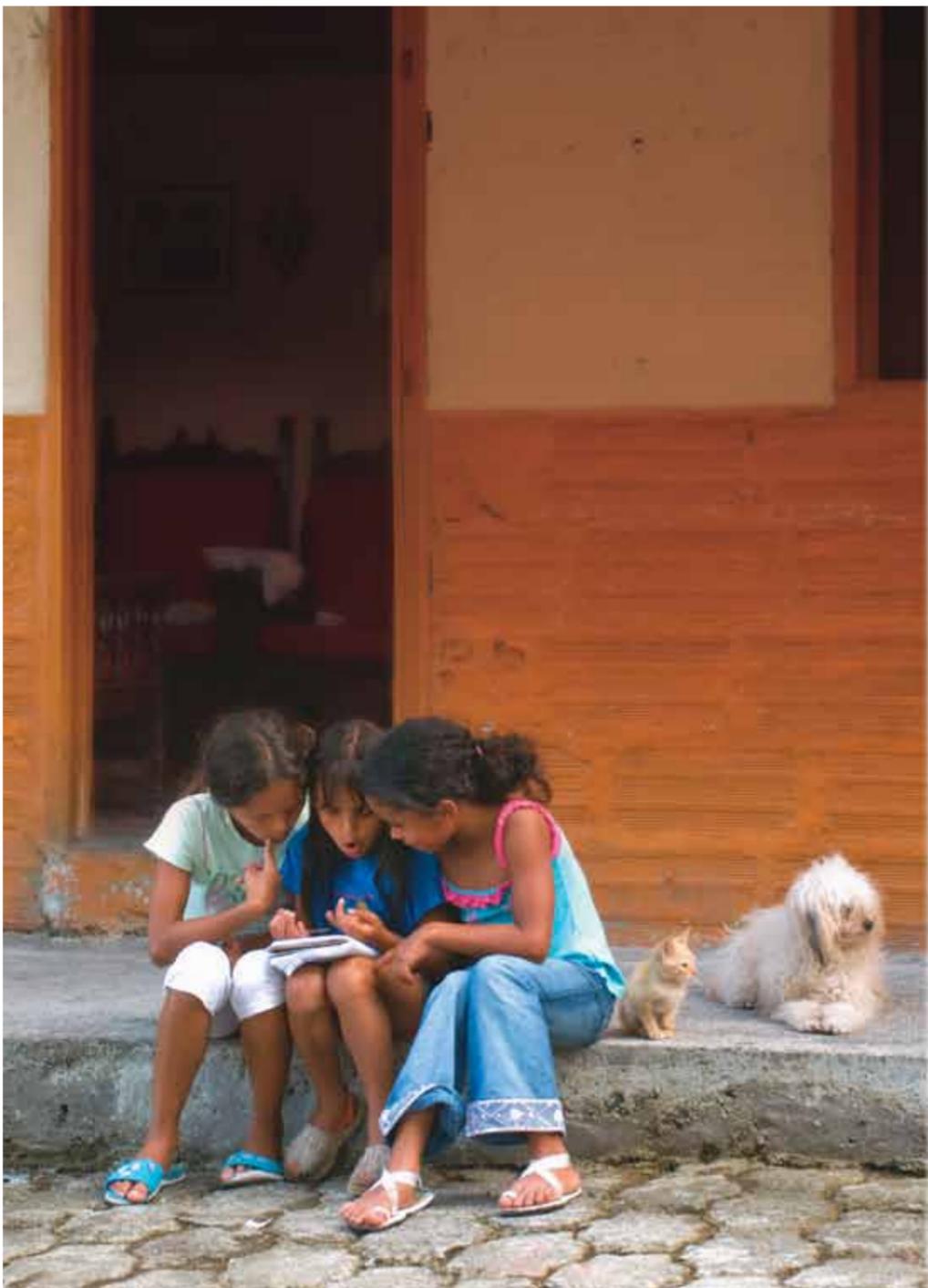
Irónicamente, la tragedia continuaría tocando en la puerta de más hogares justo cuando gobernantes locales y nacionales le decían al mundo que la batalla campal que tuvo lugar en medio de ranchos, casas, azoteas, callejuelas, morros, canchas de fútbol y edificios, en la que se utilizaron tanquetas, helicópteros, francotiradores y explosivos, la había ganado el Estado; que la Comuna era ahora un laboratorio de paz. Tras el parte de victoria, los paramilitares ocuparon lo que antes era de los milicianos. Y aunque la justicia no revela si fue siguiendo preceptos ideológicos propios u obedeciendo mandatos oficiales, los nuevos “mandamases” recurrieron a lo que los nazis denominaron como la “Nacht an Nebel”, “Noche y Niebla”, que no fue más que una directiva para utilizar la desaparición forzada en contra de contradictores políticos y enemigos del régimen en los territorios ocupados, en este caso dirigida contra todo sospechoso de haber sido integrante o colaborador de las milicias.

La “Noche y Niebla” que vivió la Co-

munidad 13 dejó un saldo de desaparecidos aún por esclarecer. Funcionarios de la justicia estiman que pueden ser más de 300. Organizaciones de derechos humanos afirman haber identificado, con nombre y lugar de residencia, por lo menos 94 personas desaparecidas entre noviembre de 2002 y febrero de 2005. El hallazgo del CTI de una fosa común el 1 de agosto de 2003 en una finca del corregimiento de San Cristóbal, de la que se exhumaron 13 cadáveres, seis de los cuales correspondían a personas reportadas como desaparecidas en la Comuna 13, llevó a los familiares de Leidy, Ermey y Fernando, y a la justicia, a afirmar que pueden estar enterrados bajo toneladas de escombros que diariamente arroja la empresa Agregados San Javier en un lote ubicado en la parte alta y boscosa del barrio Eduardo Santos.

Pero encontrarlos será tan complejo como hallar la respuesta a una pregunta que se ha hecho doña Julia durante los últimos diez años: ¿por qué? Al poco tiempo de la desaparición de su hija, investigadores judiciales le dieron una única pista que la devastó, pero que al parecer es la más aproximada a la verdad: el padre de su nieta y novio de su hija fue un presunto comandante miliciano. Su mejor amigo, el mismo que abordó el taxi con Leidy ese 26 de diciembre, sucumbió a la presión “para” y terminó trabajando para ellos. Mauricio fue asesinado en febrero de 2003 en la Comuna 1 a manos de su amigo, quien también conoció la muerte un año después.

“A veces sueño con ella. Sueño que me dice que está en una finca, que está bien. Que me dice que esté tranquila. Pero nunca lo voy a estar. A los pocos días de su desaparición fui donde un brujo y me dijo que la iba a llorar muchos años. Ya no voy donde brujos y esas cosas. Me apegué mucho más a Dios, aunque a veces, cuando me levanto aburrída, le recrimino y le pregunto a Dios ¿por qué le pasan cosas malas a la gente buena?”. ☪



El Cooperativismo
mantiene la característica de ser,
a la vez, altamente idealista
y extremadamente práctico.
Es al mismo tiempo Marta y María,
Don Quijote y Sancho Panza.
Persigue al Pájaro Azul,
pero, en vez de buscarlo
en la Isla de la Felicidad,
intenta capturarlo en una tienda.
Tiene el propósito de reformar el mundo,
pero comienza por limpiar
la entrada de su casa.
Sigue a las estrellas,
pero camina con los pies en la tierra.
Charles Gide

Porque el futuro es confiar



☕ "PARA QUEDARSE EN EL CENTRO" ☕

*AL REDEDOR DE LAS TABLAS DEL ANTIGUO ESCENARIO
SE REUNE LA PALABRA EN TODA SU DIMENSIÓN.*



TEATRO PABLO TOBÓN URIBE
Carrera 40 # 51 - 24
239 38 95





Muhammad y Jadisha

Para los defensores de la libertad de expresión, especialmente en esta nefasta “primavera árabe”.

por GUILLERMO C. VÁSQUEZ

Ilustración: Mauricio Ospina

Muhammad tuvo muchas mujeres como era la usanza de los árabes, los judíos ricos y todos los paganos. Mujeres cristianas, judías, paganas, negras, blancas, albinas, enanas, locas, sabias, expertas tejedoras y teñidoras de púrpura, danzarinas voluptuosas, masajistas, perfumistas, embalsamadoras egipcias, y otras más conformaban el harén de este príncipe. A todas las dominaba como domina un pastor sus rebaños de ovejas y de cabras. No dudaba en dirimir los conflictos que sus celos y sus diferencias provocaban con los azotes, la lapidación e incluso con el cuchillo al cuello. Un surtido grupo de membrudos y cultivados eunucos las gobernaban y mantenían dispuestas solo para el patrón que cada noche pedía dos o tres, a veces más cuando quería complacer a sus huéspedes o cuando se sentía más ardiente.

Pero entre todas destacaba Jadisha, la viuda que amó en su juventud y que le proporcionó su inmensa fortuna: un muy bien organizado negocio de viajes caravaneros por las rutas que desde La Meca y Medina, llegando del Yemen y del sur montañoso, pasaban por Petra, se desviaban a Egipto, subían a la ciudad santísima de Jerusalén, a Damasco, a los puertos de Tiro y a Sidón, penetraban en Mesopotamia y visitaban largamente Babilonia para intercambiar allí perfumes y alfombras, micos y pavos reales, oro y lapislázuli, esclavos y esclavas sudaneses, menores de quince años, marfil y ámbar; todo por la preciosa seda de la China, los elefantes de la India, el verde oscuro del jade, las cajas de bambú, los faroles plegables de papel para iluminar las noches estrelladas de la Arabia, las flores diminutas que al contacto del agua perfumada crecían a sus tamaños naturales, las frutas exóticas conservadas en caparzones que se bañaban continuamente con las aguas heladas que se iban bajando de las montañas por las que se cruzaba.

Por mil y una noches de amores, como en los cuentos, Jadisha se convirtió en la favorita, la más amada, la dueña y señora indiscutible de la tribu, el ama del palacio. Y por esas mismas mil y una noches de amor, al fin,

le permitió a su moreno y jovencísimo Muhammad hacer una vez el viaje hasta Babilonia.

Se lo confió a una escolta de trescientos mercenarios beduinos montados en los más finos caballos de sus cuadradas, armados con alfanjes de plata cincelada, con la orden expresa de degollarse a sí mismos si su amor sufría la más mínima afrenta en el camino. Solo permitió que lo acompañaran dos de sus mujeres: una judía y una cristiana. A ambas las proveyó de sus santas escrituras. Lo despidió lavándole y besándole los pies a la vista de todos, en la puerta del palacio. Se calculaba que el viaje duraría seis meses.

Muhammad dejó con gusto la ciudad de la Meca con sus envidiosos comerciantes amigos de las brujerías y adoradores de piedras a las que ofrecían sacrificios sangrientos. No sentiría nostalgia de las roñosas murallas de tierra pisada reforzadas con maderos endurecidos al fuego.

Los camellos caminaban acompasados en filas de a cuatro. Las camellas habían sido preparadas para el largo viaje introduciéndoles piedras redondas en la vulva, así no procrearían. Los mercenarios de la escolta no desamparaban el pequeño convoy que conformaban en torno a Muhammad: sus dos mujeres, sus esclavos y esclavas y algunos amigos que se había ganado el honor de acompañarlo, cada uno a su propia costa y sumándose a su guardia en las mismas condiciones.

Por las noches acampaban bajo el cielo cubierto de arena o tachonado de millones de estrellas, los camellos formando una verdadera muralla circular que protegía del viento, de la arena y del frío, en el centro una gran hoguera y muy cerca las tiendas de lona de crines de cabras y camellos, tapizadas de alfombras persas tejidas por niñas ciegas, alfombras que hacían el viaje de regreso a sus orígenes.

Cuando arribaron a Medina fueron recibidos con júbilo: lejanos parientes de Muhammad le ofrecieron hospitalidad, agua para las manos y los pies, pan y sal para convencerlo de que sería huésped de honor con todos los suyos. Las campanas de los cristianos tocaron alegremente y el sanedrín de la si-

nagoga judía le ofreció ramos de olivo. Ermitaños semidesnudos, venidos del desierto, lo bañaron con agua bendita y pronunciaron sobre él mil bendiciones. Pero apenas descansó tres días: estaba obsesionado por conocer la santa Alejandría y dio orden de que se forzara la marcha.

¡Alejandría! ¡Cómo brillaban al sol las cúpulas y las torres de sus cientos de iglesias! El santo papa Atanasio, presidiendo todo su presbiterio, encabezaba el cortejo del recibimiento. Jadisha había hecho saber que los regalos a la ciudad y a la sagrada iglesia corresponderían a la magnitud del homenaje que se le tributara a su joven esposo: brillaban las cruces de oro y de plata, las coronas, los pendones y las sombrillas litúrgicas. Los judíos no se quedaron atrás. Severos en sus trajes negros y pardos agitaron ramos de olivo y tendieron sus mantos al paso del cortejo.

La santa basílica del apóstol Marcos estaba engalanada con festones de flores de loto y de nenúfares y los cantores entonaron sus plegarias todo el día intercediendo por el ilustre visitante. Muhammad entró descalzo a muchas de las iglesias, a muchos de los monasterios. Escuchó sonriente y compasivo las profecías de los anacoretas que le anunciaban el dominio del mundo. Cuando inquirió por los esplendores paganos le contaron júbilosos de los sucesivos terremotos y maremotos que habían hundido definitivamente el faro y su isla, los palacios romanos y griegos y todo lo demás. Solo quedaban los ruinosos edificios de la biblioteca a punto de desplomarse sobre su precioso contenido de papelotes mugrientos. Muhammad no quiso ni mirar en la dirección que le señalaban y abandonó rápidamente la capital de Egipto tomando la vía del mar, quería pasar rápidamente por Gaza y Askalón porque tenía impaciencia de llegar a la santísima Jerusalén.

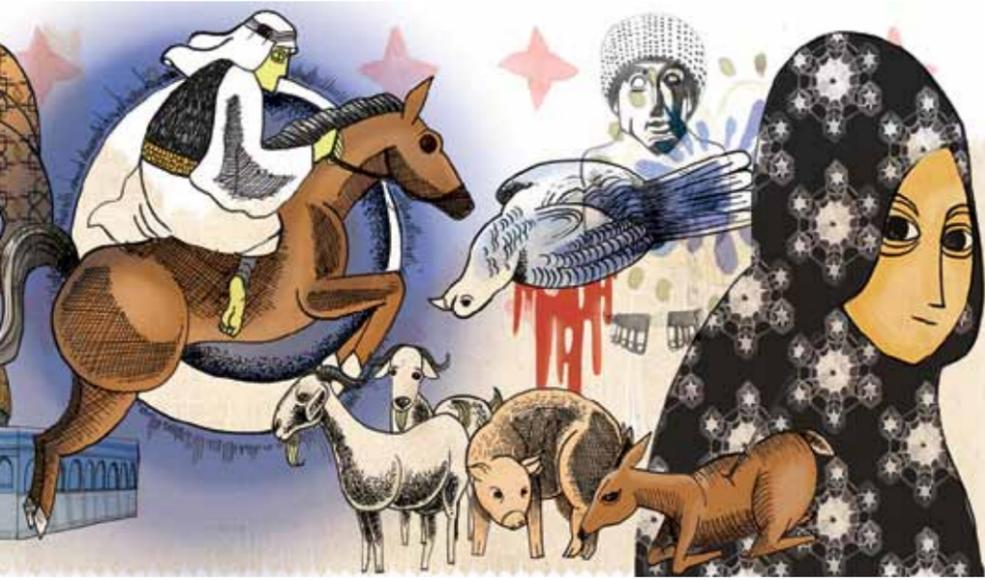
A la luz de la luna llena, pues Muhammad no permitió acampar antes, contemplaron desde el monte del escándalo la cúpula dorada de la Anástasis, la cúpula que recubría la roca del calvario y del santo sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo. La esposa cristiana de Muhammad se arrojó al suelo con los brazos en cruz. Todos los demás oraron

en silencio, la cabeza cubierta, las manos extendidas, el corazón palpitante. Allí había muerto el santo Jesús, el hijo de Myriam, el profeta Galileo. La luz de la luna llena hacía que las columnas de la basílica del monte Sión, consagrada a la Madre de Dios, brillaran como si fueran de hielo o de plata. Las mujeres entonaron el Ave María y la caravana descendió silenciosa al torrente. Luego de lavarse los pies, entraron por la puerta del heno, en silencio, sin aceptar homenaje alguno; muchos pensaban que habían llegado al cielo.

Cuenta la leyenda que esa misma noche, negándose al descanso, Muhammad pidió su yegua Al Burak y se encaminó a la explanada del antiguo templo salomónico. La yegua alzó el vuelo y subieron ambos más allá de la luna. Cuando volvió a juntarse a su cortejo, a Muhammad le resplandecía el rostro como a Moisés al descender del monte Sinaí, de tal forma que se lo tuvo que cubrir con parte de su manto. Y así estuvo hasta que a los tres días abandonaron, también de noche y en silencio, la ciudad santísima.

En Damasco los alcanzaron emisarios de Jadisha que habían hecho el trayecto sin detenerse más que para cambiar de cabalgaduras. Saludos, vituallas, monedas de oro y plata, cuatro mujeres del harén y la orden de que la cristiana y la judía se regresaran inmediatamente. Un contingente nuevo de mercenarios y la jubilación de los trescientos anteriores. Jadisha padecía mal de celos y de miedo por su moreno y delicado Muhammad, por esos ojos negros y brillantes que la habían seducido antes de su viudez. Quería estar segura, y para eso utilizaba la riqueza que le había dejado su difunto marido.

La capital de Siria fue una etapa mercantil: se intercambiaron esencias, perfumes, ánforas de miel y de vino mirrado, hierbas alucinantes, incienso, plata y oro, maderas perfumadas, esclavos y esclavas nubios que eran muy bien pagados. Se recorrieron sistemáticamente todos los negocios del zoco y se compraron montones de especias y de frutos secos, artesanías de cuero y de plata, lonas para reparar tiendas, caballos turcos y hasta pergaminos. Muhammad y sus amigos aprovecharon



los baños para relajarse, tomar masajes y hacer unos cuantos intentos de cazar leones. Solo lograron lanzear unos cuantos venados. La orden siguiente fue clara: ¡A Babilonia!

Por las orillas del Eufrates bogaban las balsas de juncos con sus cargas de cebada y de trigo, a veces llevaban también burros y cabras y los impuros marranos. En todas las aldeas y ciudades se alzaban cúpulas rematadas por cruces, en muchas también había sinagogas. Muhammad había retenido las sagradas escrituras con que Jadisha había entregado a las esposas que lo acompañaron en el primer trayecto de su viaje. El no sabía ni leer ni escribir. Ni falta que le hacía porque para eso tenía a algunos de sus amigos y familiares que lo seguían. En las noches más oscuras y aburridas, entre los bramidos de los camellos, los relinchos de los caballos y los aullidos de lobos y coyotes, se las hacía leer por largas horas para después reflexionar paseándose entre el círculo de su cortejo.

Estiraba las piernas entumecidas, bebía té de yerbas y se calentaba un poco acercándose a las hogueras. "Yo soy el que soy, el Dios de tu padre Abraham, de Isaac y de Jacob", repetía incesantemente. Una noche de esas, después de escuchar el relato de la anunciación del arcángel Gabriel a la santísima Myriam, cayó en éxtasis, sufrió largas convulsiones que su cortejo presenciaron aterrificado. Le metieron trozos de seda entre la boca para que no fuera a cercenarse la lengua, lo recostaron sobre muelles colchones y lo bañaron varias veces con agua de rosas hasta que se tranquilizó. Acamparon varios días esperando que se recuperara. Muhammad oraba largamente con la frente en el suelo vuelto hacia la santa Jerusalén, como había orado siempre.

¿Babilonia o Bagdad? ¿Existía Babilonia cuando Muhammad la visitó? ¿No había cantado ya su marcha fúnebre el vidente Juan, el del Apocalipsis? ¿No la había visto hundirse entre el cielo del río y había oído a los mercaderes del mundo entero llorando y lamentándose?: "cayó, cayó Babilonia la grande, la madre de todas las rameras, ya no se oye el chirriar de los molinos, ya no sube hasta el cielo el humo de las fábricas, ya no se alzan sus torres de cientos de pisos hasta los pies de los dioses sangrientos, ya no surcan sus naves el azul de los mares y los cielos, ya no compramos, ya no vendemos, ya no vuelan nuestros papeles de valores como las golondrinas buscando el mejor sol de la tierra. Ya no visitan nuestros perfectos y plateados artefactos a la luna y a Marte y a todos los demás planetas. Cayó, cayó Babilonia la grande, la madre de todas las Rameras!"

¿O fue que llegó a la Bagdad de She-rezada, a escuchar sus relatos eróticos para que no le cortaran el delicado cuello al primer canto del gallo? ¿A la Bagdad de las alfombras voladoras que conducían a los vivos y a los muertos hasta la luna? ¿A la Bagdad de las estatuillas

de Sumer que se robaron los invasores soldados negros y mestizos de la América septentrional, conducidos por oficiales rubios, la Bagdad donde estallaban las bombas cada hora para que sus habitantes llevaran la cuenta de todos los instantes de la ocupación?

A donde quiera que llegara, a Babilonia o a Bagdad, Muhammad entró a una ciudad cristiana. Escuchó en la basílica de Santo Tomás las largas disertaciones del patriarca cristiano acerca de la única naturaleza divina de Jesús el hijo de Myriam, la virgen, en contra de la nefasta y absurda doctrina que afirmaban los herejes del resto del mundo, según la cual el divino Jesús era también perfectamente humano. ¿A quién se le ocurre?

Muhammad lo meditó largamente desde la terraza del palacio en el cual lo hospedaban, viendo pasar las aguas fangosas del Eufrates, uno de los cuatro ríos que descendían del paraíso, y de pronto cayó al suelo víctima otra vez de terribles convulsiones que sus fieles servidores observaron espantados y que trataron los magos y los sabios persas aplicándole sobre la nuca palomos destazados aun vivos, un palomo tras otro, hasta que lo bañaron en la sangre tibia de los pobres bichos y las convulsiones cesaron por completo. Pero Muhammad no se repuso sino hasta muchos días después, presa de sed, de hambre y de sueño como los adictos al hachís.

Jadisha veía en sus sueños las imaginaciones y los trastornos de Muhammad. Sus dos esposas habían regresado pero la mortificaba intuir sus nuevas obsesiones. Entonces ordenó a sus mensajeros que le hicieran regresar cuanto antes tomando todas las precauciones y por la ruta que resultara más rápida, no podía seguir separada de su amor, se maldecía por haber permitido ese viaje fatídico, moriría si no volvía a ver pronto la luz oscura de sus ojos. Muhammad sabía que obedecer era una obligación. Y lo alentaba la promesa de una nueva ruta. UC



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

MESTER DE CLERECÍA

En el *Cancionero de Antioquia*, de Nito Restrepo, hay esta copla:

E La mujer que quiere a cura
y con pastor se casare,
si es anchita de caderas
a los cuatro meses pare.

Se la mencioné a un amigo mío, europeo, y no la entendió. Pero los de aquí sabemos —o sospechamos— que la trova alude, con gracia de la buena, a un alumbramiento concebido en sábanas con olor a incienso. En fin, creo que alude a esos curas de antes que vestían pantalones debajo de la sotana. Hay una crónica deliciosa, cuyo autor por desgracia olvidé, que se centra en esa especie de picaresca paísa (paréntesis: el asunto, por supuesto, no conoce fronteras) y describe algunas de las aventuras non sanctas de aquellos ministros del Señor, que hacían verdad de cada noche la vieja sentencia de obedecer, pero no cumplir. Bajo el techo cural de estos oficiantes solía vivir una sobrina, o un ama de llaves, o una cocinera de robustos encantos. Y ya se sabe qué puede resultar de esas dudosas compañías, tan aptas para alimentar algo más que el estómago y las calderas del infierno. Lo curioso es que todos los feligreses conocían los escarceos de su prelado, y sin embargo oían y aceptaban los anatemas que lanzaba desde el púlpito. Pensarían que el cura predica pero no se lo aplica, y, sin ponerle muchas migas al asunto, pensarían que así estaba bien.

Y piensa uno que sí, que estaba bien. A quien esto escribe, al menos, le merecen una secreta simpatía esos clérigos, que imagina ventrudos, socarrones, llenos de esa bonhomía que permite la carne saciada, libres de pedofiliyas y otros abismos de ese estilo. Dios los tiene en su seno. Sabe que tal vez son, de algún modo humilde, lo mejor de Su Iglesia (corrección: la Iglesia no es de Dios. La fundó el iluso de su Hijo, hipnotizado por cantos de sirena. Por eso le fue como le fue).

CODA

Termino de leer (nunca es tarde) *On the road*, de Jack Kerouac, cuya lectura me atrevo a recomendar a los que no lo hicieron en su día. Porque, más allá del manifiesto que en su época fue, es la historia de un plural desasosiego, materia de la que siempre se ha nutrido la vida, y la literatura, que es como la vida.

Ese mismo día me llama de Brasil una amiga, y me cuenta que está allá en cartelera una película de Walter Salles, *Na estrada*, basada en el mítico libro del profeta beat. Aparte de la rara coincidencia (al menos para mí), es como si, venciendo medio siglo, ese alucinado *raid* que narra la novela de Kerouac prosiguiera su loco camino. UC

DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.
CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

45% dcto. en Colchones
Del 16 de octubre
al 15 de noviembre de 2012

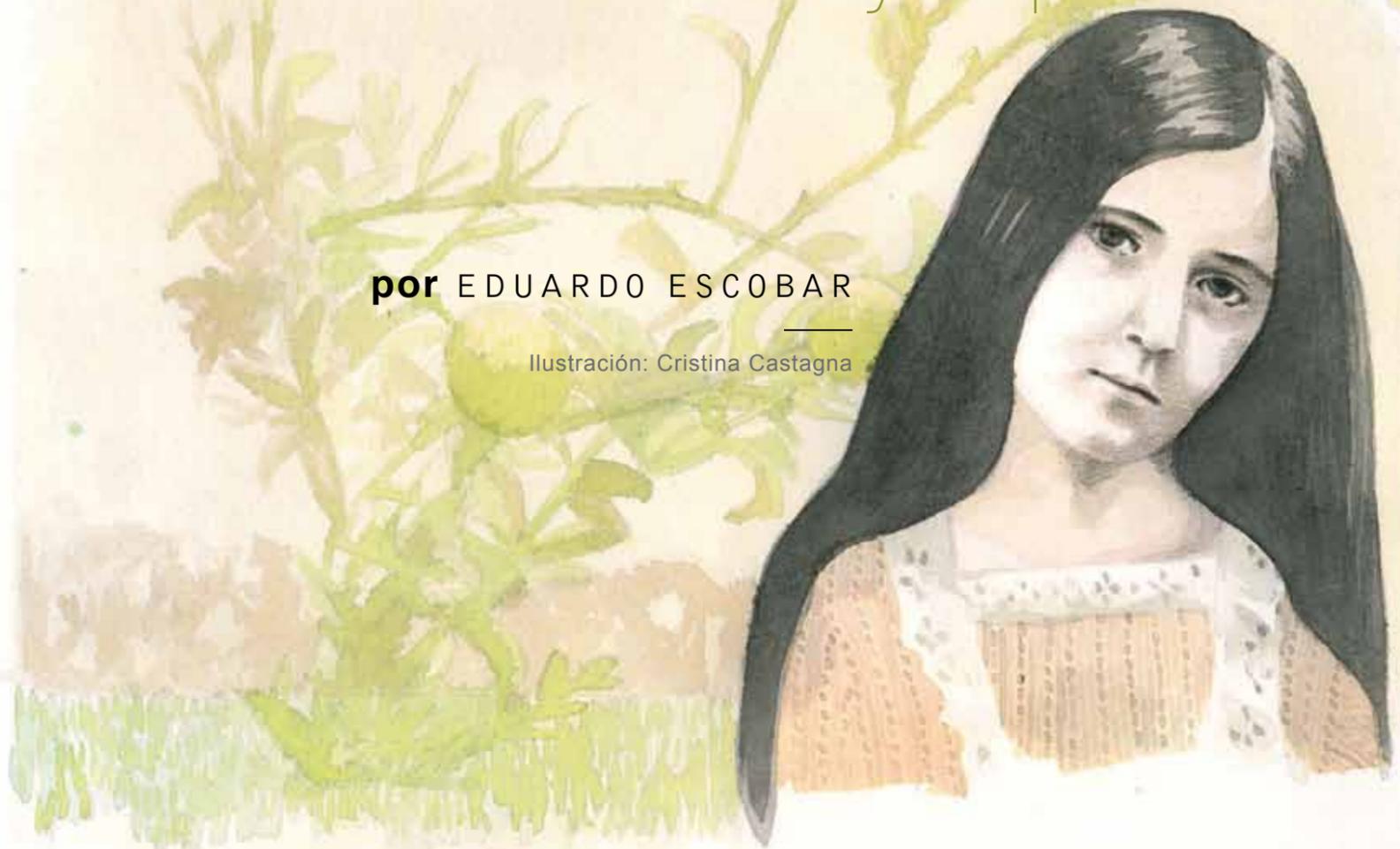
Rambler
Colchones | Espumas | Ropa Hogar | Mobiliario

Cra. 65 # 35-03 - Teléfono: 371 8454
Itagüí - Antioquia - Colombia - www.rambler.com.co

Un fantasma muy apacible

por EDUARDO ESCOBAR

Ilustración: Cristina Castagna



Siempre, o casi siempre, cuando compro la lotería me digo que si me la gano voy a comprar esa pequeña casa en Envigado donde se abrió mi alma a la conciencia del mundo, a las primeras impresiones conscientes.

Era una pequeña casa en el centro del pueblo, cerca del lugar donde muchas tardes después fundaron el primer almacén Ley, desde cuya puerta, al salir, se podía ver la que llamaban la calle de El Talego, porque era ciega.

Era una pequeña casa de apariencia benévola. Tres cuartos en galería entrando a la derecha, un patio luminoso ni pequeño grande, un comedor frente al patio con una puerta de marquesina, una cocina de las viejas de fogón de leña, un cuarto oscuro donde guardaban el carbón y donde había un fuelle que exhalaba un aire pútrido, y un solar pelado donde crecían un papayo mustio que nunca fructificó y un limón frondoso que daba una sombra perfumada.

Por las tardes, al crepúsculo, el niño que fui, y de quien a veces todavía me acuerdo con cierta ternura, se sentaba en el escalón de la puerta del solar y se ponía a mirar el espectáculo sencillo de una chispa de luz que del papayo saltaba tranquila, lentamente, para desaparecer en las raíces del limonero. Eso era todo. Se encendía, emprendía su viaje vespertino hacia la raíz del limonero con la sencillez de un diamante volatón y allí se apagaba. Pero a mí me gustaba contemplarla.

Nunca le dije a nadie lo que sucedía, que había una luz en el solar que caminaba. Porque todo sucedía con una rara naturalidad. Y porque todo lo que yo experimentaba entonces era una gran calma de corazón, como si me hicieran partícipe de un regalo. Aspiraba a ser santo. Y me preparaba con discreción para lograrlo.

Vivíamos en esa casa cinco personas. Mis padres, dos jóvenes recién casados, mi hermana mayor que me llevaba un año, y mi abuela y yo que compartíamos el segundo cuarto porque el primero, el que daba a la calle, era el de mis padres y mi hermana, y el tercero, un poco más bajo, dos escalones altos

más bajo, era el de ropas, donde había un canasto lleno de sábanas limpias por planchar y una mesa de comino.

Yo dormía en un pequeño jergón, en algo como eso que llamaban las familias antioqueñas de antes un nido. Y frente a mi nido, casi tocándose con los pies, estaba la enorme cama negra de mi abuela, una cama ancha como un barco y que tenía su propia música porque mi abuela la mantenía muy enredada, quizás temiendo que la llevara a navegar muy lejos, anclada con un montón de rosarios de semillas y medallas atadas con las sedas de colores de las cofradías a las que pertenecía, y que se colgaba a veces cuando iba a sus reuniones sin imaginar que entonces a mí me parecía mucho más vieja de lo que estaba.

No era fácil para mí presenciar cada noche el ritual de la abuela antes de echarse a dormir en esa cama formidable. Las medallas cantaban, los rosarios, y mi abuela permanecía un momento en la penumbra después de desvestirse, cubierta apenas con su combinación de popelina, como un esqueleto respetable que dice sus oraciones por lo que pueda pasar mientras duerme. Bisbiseaba. Emitía un lamento. La vieja era lamentosa. Y creo que yo le heredé la manía. O eso dicen mis hermanas.

De cualquier modo mi abuela dormía como las santas de palo. En cuanto ponía la cabeza en la almohada y se quitaba los dientes postizos cesaban sus lamentos y sus ayes. Y no roncaba. En cuanto la medallaría y los rosarios del cabecero de su cama enorme hacían silencio, la casa adquiría esa cualidad maravillosa de las cosas que hacen una pausa en su crecimiento.

Desde chiquito fui de dormir liviano. Es una antigua costumbre en mí despertar en la alta noche para ponerme a pensar pendejadas. Y saborear las penumbras. Y escuchar los grillos. Por lo cual la salida del sol me coge casi siempre cansado y soy propenso a permanecer hasta tarde en la cama para desatrasar el sueño. Pero una madrugada, las claraboyas de nuestra habitación ya se teñían con la leche de un sol nuevo, cuando me sorprendió una voz, la voz de una boca cálida que pegada a

mi oído silbaba levemente y me llamaba por mi nombre: “fuui, fuui, Eduardo, Eduardo”.

Quedé paralizado, la cara vuelta a la pared apenas teñida del azul del nuevo día, y como dijo el poeta la voz se me pegó a la garganta. “Fuuii”, silbaron otra vez. Y repitieron mi nombre. Quise gritar. Pero no podía. Como si me hubieran soldado los huesos en una sola pieza y hubiera perdido el dominio de mis articulaciones. Con gran esfuerzo volví la cabeza hacia el centro de la habitación. Y entonces miré a esa niña. Una niña pequeña, flacucha, aindada de pelo, y descalza, y vestida como las sirvienticas de entonces con un trajecito de coleta barata con estampados. La niña iba y venía entre la puerta del cuarto de ropas y la que daba acceso al cuarto de mis padres y mi hermana. Aunque su visión era tranquilizadora, pues solo iba y venía, lo extraordinario de ese visitante en la casa madrugando, apenas despertando, me obligó a gritar como haría cualquier niño a sus cuatro años: “mamá...”, logré decir con desesperación. Oí cascabelear la cama de la abuela, ella se incorporó apoyándose en su codo huesudo y la oí decir, perentoria: “salga de ahí”. Las viejas de antes, sobre todo cuando pertenecían a la cofradía de la Santísima Trinidad y a la del Niño Jesús de Praga y a la de la Virgen del Perpetuo Socorro, debían ejercer algún imperio sobre los fantasmas. Porque la niña que caminaba en ese instante hacia el cuarto de ropas bajó los dos escalones altos y se perdió de mi vista hasta hoy. Pero no se perdió de mis recuerdos. ¿Quién sería?

Más tarde, a la hora del desayuno, mientras la casa recobraba su ritmo de costumbre, papá le preguntó a mi abuela por mi grito de madrugada. Y ella, habituada a las cosas sobrenaturales y creyente en milagros y en cuentos de sacristanes, solo dijo, como si nada: “es que allí donde él duerme, fue donde se murió Pacho Pareja”. “¿Pacho Pareja?”, preguntó mi padre. Y la abuela, que se llamaba Tulia, Tulia Ochoa, aclaró: “esta casa fue de Pacho Pareja”. Y se olvidó la cosa. Papá se fue a su trabajo en la carpintería que había abierto cer-

ca de la plaza de mercado y que después le quitaron los bancos. Y mamá a tender las camas y a agitar sus escobas.

Muchos años después, una década, digamos, cuando comenzó mi afición por los libros, papá se mostró muy preocupado porque cayeran en mis manos libros prohibidos por el Index Vaticano, y me encomendó a un amigo suyo para que dirigiera mis lecturas. Miguel Gómez, se llamaba el hombre, y era un maestro de escuela jubilado que fumaba calillas y escupía unos buchetas amarillos con energía sobre las piedras de su patio, a quien mamá temía porque me dijo que buscaba con los pies por debajo de las mesas las piernas de las señoras. Él me prestó el primer libro de Fernando González que leí, El Remordimiento. Y allí descubrí, para aumentar la intriga de aquella inolvidable, que Dios había creado a Eva de catorce años y medio. En el solar de Pacho Pareja. Averiguando, averiguando, más tarde supe que Pareja había sido un agiotista temible de Envigado. Un hombre muy odiado pero que a veces se necesitaba, como suele pasar con los agiotistas en todas partes.

Hace un par de meses, o tres, o cuatro, el director de Otraparte, a quien le conté esta historia hace tiempos, me mandó una pequeña fotografía de Pacho Pareja, tamaño cédula. Y no me gustó esa cara. Nada. Nada. Una cara arrugada, piel gruesa como debía tener el alma y una mirada de pocos amigos.

Hoy es martes. Mañana viene el loteo a San Francisco. Y como siempre voy a comprarle ese pedazo que quizás me gane. Y que voy a invertir, seguramente, al menos en parte, en la compra de una pequeña casa de Envigado, una pequeña que ahora convirtieron en un diminuto centro comercial. Porque estoy convencido de que allí encierran un misterio. El fabuloso tesoro de un agiotista en la raíz de un limonero de sombra perfumada. O quizás algún recuerdo, la trenza, por ejemplo, de la sirvientica antioqueña que me llamó al oído una madrugada y después comenzó a pasearse por nuestra habitación, como a veces hacía mi abuela cuando rezaba su rosario. Y que tal vez tuvo por nombre Eva. 

Los poemas, cuentos y crónicas del dominicano Frank Báez (Santo Domingo, 1978) cautivan al lector por su abundante dosis de buen humor, sencillez y originalidad. El blanco favorito de su irónica agudeza es ante todo él mismo, el entrañable personaje que vemos desfilar por sus textos noqueado, abofeteado, calumniado, soñando con ser DJ o basquetbolista de la NBA, paranoico ante el hecho inminente de cumplir treinta años, contemplando las Sears Towers de Chicago desde una terraza o imaginando que de noche las casas y los edificios de Santo Domingo navegan por el mar.

Su tono de aparente desenfado esconde un metódico y fervoroso lector de poesía, la cual edita y traduce desde hace años junto con su compañera Giselle Rodríguez en la revista virtual Ping Pong. Ha publicado Jarrón y otros poemas (Madrid, 2004) y el libro de cuentos Págales tú a los psicoanalistas (Santo Domingo, 2007), así como la extensa crónica En Rosario no se baila cumbia (Buenos Aires, 2011), sobre su asistencia al Festival de Poesía de Rosario, en Argentina. En youtube hay videos de sus poemas musicalizados, como parte de su trabajo con la banda El Hombrecito, con la que editó en 2009 el CD Llegó el hombrecito. Los siguientes poemas pertenecen al libro Postales, Premio Nacional de Poesía Salomón Ureña 2009, editado en Costa Rica, Argentina y República Dominicana.

John Galán Casanova

No he visto las mejores mentes de mi generación y ni me interesa.

“Maullido”

AUTORRETRATO

Rodé al año y medio por las escaleras hasta el segundo piso.
 A los seis casi me ahogo en una piscina.
 A los siete me arrastró la corriente de un río.
 Me golpearon con un palo, con la culata de un fusil, con una tabla. Me propinaron un codazo en la cara y otro en el estómago, rodillazos, machetazos, fuetazos.
 El perro del vecino me mordió un brazo.
 Me cortaron una oreja haciéndome el cerquillo.
 Noqueado. Abofeteado. Calumniado.
 Abucheado. Apedreado.
 Perseguido por sargentos en motor. Por dos cobradores.
 Por tres mormones en bicicleta.
 Por muchachas de Herrera y del Trece.
 Me han atracado treinta veces.
 En carros públicos. Taxis. Voladoras. A pie.
 Alguien me dio una bola y me dijo I am gay.
 Me robaron un televisor, un colchón, seis pares de tenis, cuatro carteras, un reloj, media biblioteca.
 Se llevaron varios manuscritos y cometieron plagio.
 (Con lo que me han robado pudieran abrir una compraventa en Los Prados).
 Me fracturé el brazo derecho, el anular, la cadera, el fémur y perdí cuatro dientes.
 El hermano Abelardo me dio un cocotazo que todavía me duele.
 En la fiesta de graduación me cayeron a trompadas y botellazos.
 Luego publiqué un libro de poesía y una vecina lo leyó y escéptica dijo que era capaz de escribir mejores poemas en media hora, y lo hizo.
 Accidente con un burro en la carretera.
 Intento de suicidio en Cabarete.
 Taquicardia. Hepatitis. Hígado jodido.
 Satanizado en Europa del Este. Pateado por mexicanos en Chicago.
 En Montecristi una mesera me amenazó de muerte (ahora mismo, clava alfileres en un muñeco idéntico a mí).
 Los vecinos sueñan conmigo baleado.
 Los poetas con dedicarme elegías.
 Otros con rociarme gasolina en la cabeza y arrojar un fósforo y ver mis rizos en llamas.
 Otras con llevarme a la cama.
 Y hace semanas un policía me detiene y me pregunta si yo no era el poeta que había leído poesía aquella noche y le digo que sí y el policía dice que son buenos poemas y hace una reverencia o algo así. UC

ANOCHESOÑÉ QUE ERA UN DJ

Llamo por teléfono a Miguel y le pregunto si piensa que me iría mejor de DJ o como poeta y Miguel responde que siga como poeta. Mi novia también dice que como poeta. El hermano de mi novia dice que como poeta y una jevita que hacía una fila en el cine y que recién conocí dice que como DJ.

Las menores me ven más como DJ y las mujeres que compran en el supermercado dicen que persista con los poemas.

Mi mamá dice que como poeta. El plomero dice que poeta. Los cinco poetas que conozco me dijeron que me iría mejor como DJ. Mi hermana se abstuvo de votar.

Fui a ver a DJ Tiesto y una gringa me tomó de las manos y me explicó que los DJ son criaturas de Dios. -Son ángeles- dijo y mientras hablaba yo imaginaba a los DJ volando con sus turntables alrededor de Dios como si fueran mosquitos y Dios los espantara con la mano.

Pero bueno, la cuestión es si los poetas y los DJ se pueden conciliar. Si pueden ser uno, si es posible escribir con una mano poemas y con la otra pinchar discos, si se puede ser mitad poeta y mitad DJ, si del ombligo para arriba soy poeta y del ombligo para abajo soy DJ o al revés o quizás que un poeta se convierta en DJ las noches de luna llena o quizás estoy exagerando y en el fondo todo DJ quiere ser poeta y todo poeta quiere ser DJ.

Hay una fábula en donde un DJ y un poeta caen en un pozo. Empiezan a vocear y a vocear hasta que un hombre se asoma y les tira una cuerda para irlos subiendo poco a poco. Sube al DJ primero y cuando se la arrojan al poeta este grita que lo dejen abajo y el hombre y el DJ así lo hacen, aguardan en silencio y se marchan al rato. UC

P

O

S

T

A

L

Frank Báez

MIRAMAR, 1986

Recuerdo esa noche de 1986 en que todos los vecinos se subieron en las azoteas de las casas a ver el paso del cometa Halley. Destaparon cervezas y bebieron por horas hasta que alguien anunció que ahí estaba y entonces todos en sus azoteas se pusieron de pie y aplaudieron cuando lo vieron pasar por el cielo como un candidato en campaña. Han pasado veinticuatro años. Dentro de cincuenta y dos pasará de nuevo. Igual que un espermatozoide extraviado en el útero de una adolescente, tratará nuevamente de fecundar el planeta. UC

E

S

PELEAS DOMÉSTICAS

Mientras escribo en el papel a las tres de la mañana una musa me escupe la cara otra musa me grita una me trae vodka y me susurra no escribas me trae drogas me trae modelos de revistas no escribas no escribas repiten al unísono día y noche noche y día. UC

Berenice

por PAULA CAMILA OSORIO LEMA

Fotografía: C.

Han pasado exactamente dos semanas desde el asesinato de Berenice. Es medianoche y llevo ya 46 horas preguntándole por ella a todo el mundo en el pueblo. En Santa Bárbara solo se habla de ella, aunque a nadie le “consta” nada pero “eso dicen”, y desde el crimen los niños del colegio se despiden con un “que la bruja los acompañe”. Se comenta que ya no está en el cementerio, que se voló el domingo con el ventarrón que recorrió el parque a la misma hora en que el obispo los regañaba a todos por hablar de brujas. Se dice también que tenía muchos enemigos, que se merecía un castigo, que hacía vudú, que cocinaba gatos para comerse los, que cuando estaba lavando las culebras reptaban por sus piernas, que a la noche se soltaba el pelo largo, oscuro y crespo y se ponía a “hacer cosas”, que su mamá también era bruja y su papá “era un muan”; que enfermaba a las niñas porque eran bonitas y ella no, y que las pobres muchachas la veían en los sueños y en los trances repetían su nombre: Berenice, Berenice, Berenice.

Semanas atrás los medios habían dicho que la “supuesta bruja del pueblo” había sido incinerada en una hoguera en el patio de su casa, enfrente de sus seis perros. Citaron a un par de vecinas, a la hermana, al cura, al comandante y al alcalde, quien dijo que había un sospechoso detenido y explicó que en su casa habían encontrado apenas un par de imágenes del Corazón de Jesús y el Ángel de la Guarda, cosas que “no usa quien practica la brujería”. Dijeron además que las bolsas con que se la veía no estaban llenas de plantas para hacer maleficios, sino del fique con el que hacía artesanías. Contaron que de Remedios habían traído un brujo para acabarla, y alguno más descachado afirmó que se llamaba Verónica. Todos los medios locales dijeron que en lo corrido del año habían sido asesinadas en Antioquia 150 mujeres. Pero ninguno dijo que su nombre significa “portadora de victorias”, ni debió haber pensado en la Berenice engendradora por Poe en un viaje de opio, sílfide cataléptica a la que un tipo “nervioso” arranca los dientes en su tumba, y menos aún en la de Caicedo, mujer infernal a quien los adolescentes lamen los dientes y luego olvidan, aunque la amen.



En una silla, con las manos en el regazo, en el mirador de la casa de C. y C., está sentada doña A., una vecina de ‘Bere’. Habla rápido, dice muchas cosas, entre ellas que ha tenido “unos nervios” desde ese día, “el señor nos favorezca”. Hay también un par de vecinos, el señor del pueblo que reza, D. y la esposa. Todos comentan, y en esas D. dice “brujas, que las hay las hay, pero yo de esa señora no digo nada”. Doña A. habla de Berenice y la junta de acción comunal, de lo que corre de boca en boca, de la “pela” que le dieron el año pasado, de los tiros que le pegaron al sobrino por defenderla. El miércoles que la aporriaron la hermana alertó a “la ley” y se la llevaron para el pueblo. A la noche doña A. recibió una llamada en la que le decían que habían matado a Berenice a machetazos, pero al otro día se la encontró en misa. “Le cogieron un odio... Pero ella no era mala, porque donde fuera mala había hecho muchas cosas”, dice.

La conversación se diluye cuando llega el momento de ir a la novena de una muerta que no es Berenice. Es a pocos metros de la casa de C. y C., en un antejardín donde hay cerca de cuarenta personas y una decena de árboles que el viento sacude con furia.

En Santa Bárbara son tan comunes las historias de brujas como en otros pueblos de Antioquia, y en esas historias las brujas escapan de sus cuerpos en la noche para volar como bolas de fuego y trepar encima de los hombres, quienes sienten que no pueden respirar y amanecen con chupados cuyo origen no pueden explicar. “¿Por qué amanece un hombre chupado estando solo? Ese es el problema... Dicen pues los viejos... O sea, a mí no me consta, porque a mí no me ha llegao un animal de esos, pero la maldá sí existe. En la misma Biblia dice que el diablo salió del cielo con una maldá de ejército a atacar a Dios, y esos demonios quedaron aquí en la tierra”, dice don J. Lo que sí es propio de Santa Bárbara, cuenta P., es que lleguen brujos, indios y gregorianos que adivinan la suerte y curan las enfermedades.

Cada tanto la gente repite el viejo adagio “pueblo chico infierno grande”. Dice P., durante muchos años funcionario municipal, que allí el rumor nace, se reproduce, se escribe sobre la piedra y no muere nunca. R., funcionario del hospital, dice más o menos lo mismo: “el chisme es el motor del pueblo”. P. cuenta que durante la época dura del paramilitarismo la gente iba a “hacer matar a alguien por un chisme, por una deuda, porque me la jugó”.

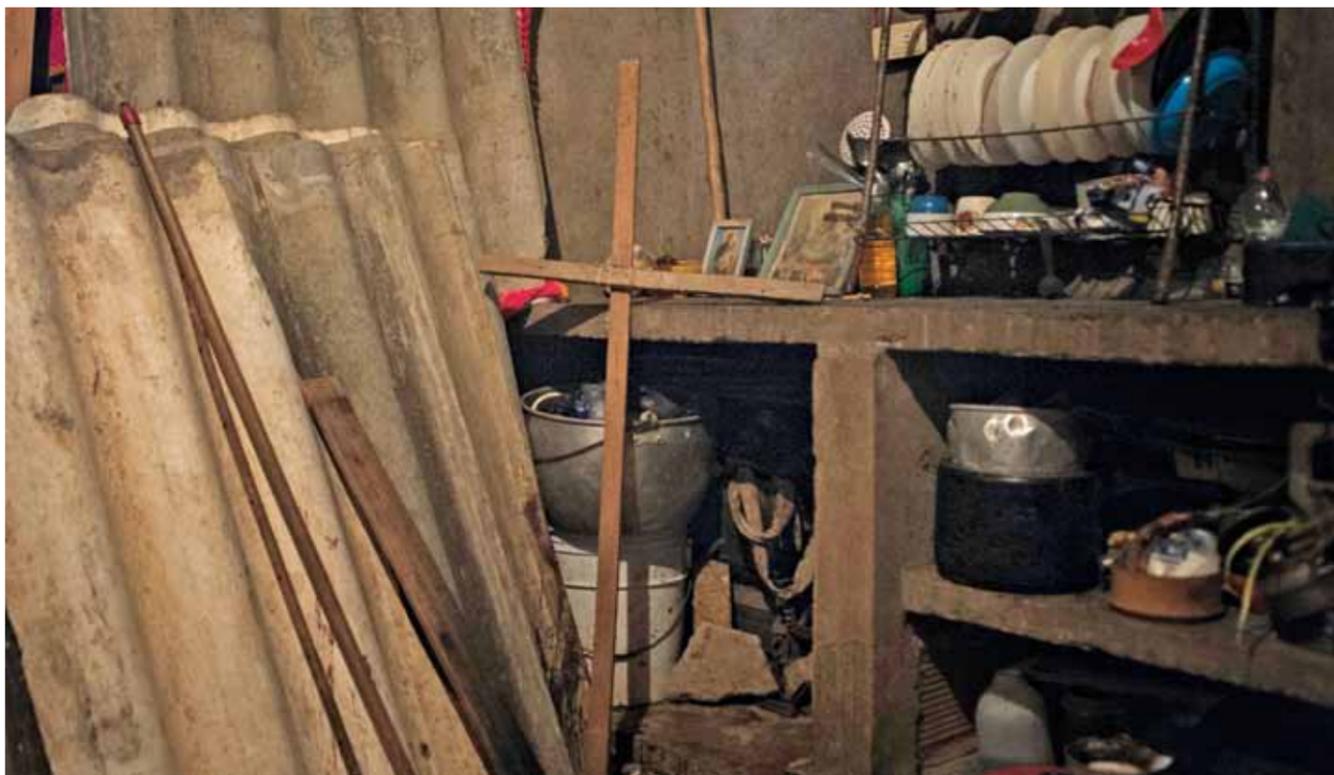
Mientras pela mangos bajo una sombrilla de colores, doña F. comenta que era vecina suya y le cuidó una anemia que la tuvo en cama muchos meses: “cuando yo estaba tan enfermita ella era la que me llevaba la lechita y los quesitos pa que yo comiera... Me colaboraba con los mandaditos, con los oficios, y le dábamos la comida porque era muy pobrecita. Cuando yo llegué a la Loma me dijeron: ‘¡Jm!, ¿justé se está juntando con esa bruja?’, y yo dije: ‘a mí no me consta porque no sé nada de ella’. Era una persona normal, decente. Me pongo a hablar lo que no es y viene y me lleva de las patas, con sombrilla y todo”, dice, y se ríe. Luego llegan otras dos señoras y empiezan a hablar de otras dos mujeres asesinadas en el pueblo: la administradora de un hotel en el que durante un tiempo se hospedó Berenice, Flor Ensueño, apuñalada en 2009; y Jenny Marcela, una muchacha deca-

pitada en 2010 en Los Patios, un barrio del casco urbano.

Berenice tenía 46 años, vivía sola en la casa que su papás le habían escriturado en vida, era morena y menuda, y según doña A. “por ser tan delgadita revelaba más joven”; dice R., quien vio el cadáver, que tenía los pechos de una muchacha de veinte. Era soltera y no tenía hijos, en parte porque se quedó beata para cuidar a los padres, en parte porque “le tenía el pánico a los hombres”, en parte porque “se tenía que ir santa pa Dios”. Quienes la conocieron cuentan que lavaba y limpiaba a cambio de comida, que pegaba “qué carretras” Loma arriba para ir a los cursos del Sena, que no decía nunca malas palabras. A los niños les buscaba juego a la salida de la escuela, que quedaba enfrente de su casa, y a cambio de unos pesos los mandaba a buscar boñiga para hacer abono. Para ella todo era pecado, y quizás por eso iba a misa todos los días y escuchaba el rosario en la radio por la mañana y por la noche. Lo único raro que tenía, dicen, es que amanecía a veces con un humor extraño que le quitaba las ganas de saludar a la gente.

Antes de que todo comenzara Berenice había sido líder comunitaria y pertenecido al grupo del adulto mayor, a la asociación de artesanos, a la de mujeres y a la Junta de Acción Comunal. A las reuniones iba con un cuaderno en el que escribía todo lo que se decía, aunque dice S., conocida de vieja data, que eran mamarrachos que ni ella misma entendía. Doña A. cuenta que a su marido le quitó el saludo porque una vez le dijo que esa labor le correspondía a la secretaria. La opinión general es que era tremendamente celosa con los bienes de la comunidad y ponía quejas cuando, por ejemplo, nadie recogía en el pueblo la comida del restaurante escolar. Cuenta S. que “la gente la fue aislando porque ella tenía un sentido de pertenencia, entonces veía en todo mundo como que le estaba haciendo mal a la vereda y empezaba a echarle chiripas a la gente. Pero como ella no tenía niños en la escuela la fueron sacando, hasta que empezaron pues como a dañalen tanto el corazón que ya ella se derrotó también...”.





En octubre de 2000 Berenice amenazó al entonces presidente de la JAC, Álvaro, con denunciar la pérdida de unos dineros que la junta debía liquidarle a la comunidad. Después de eso se vio a la hija de Álvaro muy enferma, “toda tiesa, y flaquita”, y nació el rumor de que Berenice le estaba haciendo un daño. Después la cosa se calmó, pero otra queja, también por plata, provocó su expulsión definitiva de la junta en 2004. En los años venideros “enfermarían” otros tres, quienes, dice S., “empezaban a jalasen el pelo, tiraban con el pie, cosas como llamando la atención. Una de las peladas se quedaba callada y después hacía repulsa, y la mamá le pegaba horrible: ¡Berenice! ¡Berenice! Largala Berenice. Que la largues porquería’. Y pues yo creo que la gente es más loca que la misma Berenice”. Empezaron a decirle bruja y a hostigarla, y ella se volvió aún más solitaria; “de un momento a otro le metimos como la ignorada del siglo”, dice también S.

Tras casi diez años de acoso, en agosto de 2011 las niñas empezaron a decir que la veían en sueños, y una de ellas, Tatiana, se quejó de mareos. Ese día varios habitantes de la vereda se armaron de palos y machetes para sacarla, y según dicen el sacerdote calmó a la “turba” hasta que llegó la policía y se la llevó para el pueblo. Debió vivir un tiempo en casa de su otra hermana, pero unos meses después regresó a la vereda.

Cuenta O., el de la ebanistería donde trabajaba Diego, el marido de Tatiana, que los mareos eran embarazo, pero después de nueve meses el niño no quería nacer, según ellos por los rezos de Berenice. En enero había llegado a la vereda el tal brujo, un ex presidiario y extorsionista que se hacía llamar Ricardo, y por los días del parto, en una moto que conducía Diego, fue hasta la casa de Berenice y le pegó la “pela”. El forastero había dicho que había venido a darle “siete pelas”, y que él en cualquier momento podía convertirse en perro o en marrano. En abril, ante la amenaza de la segunda “pela”, el sobrino de Berenice enfrentó a Ricardo, que lo cogió a tiros y por poco lo mata. Berenice regresó al pueblo y por su propia cuenta buscó hospedaje en el hotel.

Allí, con N. y M., vivió cerca tres meses. No tuvo sino para pagar tres días, pero dice M., la esposa del propietario, que algo la conmovió y quiso adoptarla, “porque uno en la mirada sabe quién es bien y quién es mal”. Por eso la bautizó “la niña de la casa”, la llevó a la peluquería y al dentista, le compró maquillaje, cremas para la cara, ropa, zapatos, un par de pijamas y varios cucos, entre los que había, cómo no, unos rosados. “Ella era calladita. A veces ayudaba, otras veces se mantenía encerradita llorando”, dice M.

Si al hotel llegaban hombres Berenice se escondía, y se ponía a llorar cuando N., viendo cuánto le gustaban los niños, la molestaba con el tema y le decía que hiciera uno: “qué miedo los hombres, que me lo regalen”, replicaba. Más tarde, ‘Bere’ les confesaría que el primer y único novio que tuvo había tratado de abusar de ella, y desde entonces nunca había permitido que ningún otro hombre se le acercara.

Cuando llegó, Berenice estaba flaca y comía muy poco, pero con el tiempo ganó peso, su piel curtida por el sol cambió de color y por momentos pareció hasta contenta. Pero un día dijo que tenía que irse, que aquella era su casa y no se la iba a dejar quitar, y no valieron ruegos. La que regresó a la Loma de Don Santos, dicen M. y N., era una mujer muy distinta a la que había llegado. Pero aun así la mataron. Desde entonces N. sueña con ella y en los sueños le dice que haga justicia.

La Loma de Don Santos es una carretera empinada y estrecha rodeada por casas separadas entre sí por pocos metros. La casa de Berenice es la única que no se ve desde el camino, porque está al amparo de palmas, guaduas y plantas florecidas. Es una construcción precaria, con piso de tierra, una cocina, un baño y tres cuartos en los que se arruman toda suerte de trastos, entre ellos el monitor de un viejo ordenador, un chifonier, juguetes en desuso, una nevera y un pupitre vetusto. En la habitación del medio hay un altar con velas encendidas, obra de la hermana, y una puerta que da al camino; en el lado opuesto, junto a un cobertizo, hay otra, y a pocos metros una

construcción de madera donde se guardan una perra y nueve crías a las que les da teta. A poca distancia hay otro perro amarrado, y por ahí trotan otros dos, más pequeños, y tres gatos.

La hermana es delgadísima, habla también muy rápido, en la voz un resentimiento que la hace decir cosas como “¿Loma de Don Santos? La Loma de los malos, será...”. Enseña la casa, el sitio donde la encontró, la mancha de sangre junto a la cruz de madera. El miércoles que la mataron “rondó” la casa hasta las once de la noche y no vio nada. El jueves vio gente sospechosa pero a Berenice por ningún lado. El viernes un vecino le dijo que no la veían desde el miércoles y ella entró a buscarla. Cuando ya iba de salida la encontró en el piso de la cocina y vio los dientes partidos, la herida en la frente, el ojo, la piel oscurecida, y junto a ella una barricada con leños que los homicidas habían puesto para evitar que los perros se acercaran. Al lado de la perrera encontró dos escapularios, una botella con restos de gasolina y parte del pelo de Berenice, que no se sabe bien cómo llegó allí. El pelo está guardado en algún lugar de la casa, y ella le dice a una de las tres hijas que la acompañan que traiga la bolsa porque tiene intenciones de mostrarlo, pero por fortuna la niña no lo encuentra. “Ella sabía algo –dice–. Podía ser por alguna plata embolada, porque por aquí las acciones comunales han sido de transporte de plata a bolsillos raros”.

Entre el miércoles 29 y el jueves 30 de agosto varios hombres, que pueden ser dos o tres, amarraron la puerta de

lantera de la casa de Berenice, entraron por la de atrás, la golpearon, la sacaron a rastras hasta el solar, le echaron gasolina, le prendieron fuego y la remataron de un hachazo en la cabeza. Los vecinos más cercanos, cuyas casas están a menos de diez metros, no se dieron por enterados. La hermana la encontró el viernes, y ese día, en el pueblo, apareció Diego con una mano quemada. Tatiana dijo “después de su muerte sentí como si hubiera vuelto a ver la luz”. Aunque los medios se encargaron de hacer eco del rumor, otras hipótesis salieron a flote. El alcalde del pueblo declaró a una emisora nacional que Berenice había tenido problemas por la sucesión de su casa, y N. cuenta que meses antes de la “pela” a Berenice le habían robado las escrituras. Se comentó también que el crimen podía tener relación con un cuantioso robo que le habían hecho a un hombre muy pudiente en cuya casa trabajó ella.

La velaron el sábado en la única funeraria del pueblo, y a pesar de la solidaridad que en la vereda siempre tienen con los muertos y sus dolientes, no fue nadie, apenas sus dos hermanas. Los que asomaban se iban cuando se daban cuenta de que la hermana había hecho sellar el cajón, en parte, dice, para vengarse: “así como nadie me avisó, no iba a dejar que nadie la viera”. Una testigo accidental cuenta que durante el rosario un gato no hizo más que “ñarriar”: “varias personas sí vieron un gato negro echado al lado del féretro; yo lo escuché, más no lo vi”. Después del velorio, cuenta S., la gente empezó a decir que quienes habían ido a acompañar a la muerta eran cómplices y también brujos.

El 25 de septiembre, la policía de Santa Bárbara detuvo a seis personas acusadas del homicidio agravado de Berenice: Álvaro, Diego, Tatiana, María, Fabiola y Esperanza. Según declaraciones extraoficiales, los capturados estaban emparentados con las tres familias en cuyas manos ha estado siempre la Junta de Acción Comunal. Fabiola, la mamá de Tatiana, lideró el acoso, hizo traer al brujo y lo hospedó en su casa; María, “una mujer del bajo mundo”, fue quien la contactó con él; Esperanza fue su “lugarteniente”. Diego, autor material, dejó la casa de Berenice sembrada con sus huellas dactilares. Ricardo, autor material, desapareció y está prófugo, como lo está el papá de Tatiana, Julio, que llegó a la vereda días antes del asesinato y días después se esfumó. Todos están detenidos menos Álvaro y Tatiana, que tienen prisión domiciliaria, él por una falla procesal y ella por ser madre lactante. En la casa de Álvaro encontraron un libro con conjuros, y en la de Berenice que la muerte espere, un reportaje de Germán Castro Caycedo donde dice, entre otras cosas, que “el hombre es capaz de cometer las mismas atrocidades que le adjudica a Satán”. UC





Carolyn Castaño

Narco Venus (Angie).

De la serie "El Jardín Femenil y Otros Ocasos"

Acrílico y técnicas mixtas sobre lienzo.

141" x 65"

Fotografía - Josh White

2011.





Leonel Álvarez es director técnico Itagüí F.C.

Estilario

por RAÚL TRUJILLO

Exclusivo para UC desde Buenos Aires

Mirando el horizonte por sobre las montañas, como quien tiene una visión epifánica, el célebre Leonel nos hace el honor de estar en el estilario UC. De joven talento hasta DT, Leonel ha visto la estrecha relación del mundo del fútbol con el de la moda, el espectáculo y la comercialización masiva de estilos. En nuestra era, que algunos llaman metamoderna y otros postpop, los cracks han sido fundamentales en la construcción del devocionario de ídolos de un selecto altar que comparten las divinidades venidas de diversos mundos en el corazón del hincha, del fan apasionado que es más que un simple seguidor. Vírgenes, la madre, chuchitos, sicarios y santos compiten por los mejores lugares del altar con futbolistas, escudos y souvenirs en versión trade mark.

Impecable, luce un traje de saco —blazer, de solapa estrecha— y pantalón. Traje que si en su origen fue inglés necesitó de sastres italianos para ajustarse a los deseos del usuario latino, más físico que intelectual para elegir, donde el cuerpo es protagonista en la experiencia de seducir con un claro acento sexual. Al cuerpo y delineando los volúmenes sanamente tratados y esmeradamente esculpidos con horas de personal trainer, fueron Versace, Dolce & Gabbana o Gucci los que dieron al mundo masculino una buena dosis de hedonismo desde los 80, una década antes de imponerse el estilo metrosexual.

Como todo un serio director, no lleva ahora los apastelados malteados tan de moda cuando era un joven virtuoso y que hacían homenaje al Miami Decó. El fondo negro le permite un brillo satinado bien particular. Sin recurrir a grises metalizados o acerados que ya son habituales, prefiere el juego de las luces; los reflejos definen las líneas de corte impecable y el pantalón en silueta muy cercana a la de un jean. Vistoso resulta ser el color de la camisa con el que solo un hombre con espíritu caribe se la juega. Solferino —una versión del magenta al 100%—, una vibración muy alta del rojo poderoso. Magenta y Solferino, dos batallas sangrientas que dieron nombre a los primeros pigmentos artificiales de rojo a finales del siglo XIX. Un detalle con código elegante y esmero: las diminutas alforzas que a las tradicionales guayaberas un toque de gracia le supieron dar, aquí también están, pero al centro, haciéndose notar.

Aquí todo es poder. “Listo papito, si es ya, es ya”.

Y tanto traje pegado lo balancea, libre al viento, la característica melena ensortijada que identificara a varios de los ídolos del fútbol colombiano. Rubios, negros y ahora también canos, estos mechones han ondeado cual banderas y permanecido en el estilo inmutable de sus dueños, como los de Sansón. Fetiche de miles de fanáticos y wannabe —slang for want to be, querer ser—, estas melenas salvajes han sido miles de veces copiadas y no logro imaginar las millonarias cifras en venta de productos para el cabello masculino que han permitido facturar.

Así descubrimos, ocultos por los destellos cegadores de las estrellas, los poderosos hilos del marketing que veloces tejen las redes entre productos e ilusionados admiradores, animados por producciones de imagen para posters y videoclips de pegajosos colores y jingles como ringtones. Hoy son las redes sociales y la ropa underwear las que alcanzan récord de ventas y posteos con el cuerpo escultórico casi desnudo, cosmetizado y fofoshopeado, en eróticas e insinuantes publicidades. Contratos con cifras millonarias y espónsoreos oficiales. Corporaciones que ahora se preocupan porque los más top de los pibes de la cancha se están dejando de nuevo la barba y esto haría peligrar las ventas de maquinillas de afeitar. UC

Yo Soy
Cultura
Espacio Público

**Vida, seguridad
y convivencia**
para el corazón
de Medellín



Medellín
un hogar para la vida



Alcaldía de Medellín

Cuando San Juan y San Pablo dejaron su apostolado,

y San Jorge y Sir Ricardo optaron por otros caminos

por JOSE GABRIEL BAENA / RAYADURA ALZHEIMER

1969 y 1970 fueron los años más confusos en la historia de los Beatles. En el 69 el Señor San Juan Lennon había grabado un LP con la banda Plastic Ono, de su mujer, Yoko, disco de protesta contra la guerra de Vietnam, en vivo y con malos equipos en medio de multitudes y hoy francamente solo escuchable con ánimo de historiador. Lo más interesante es la carátula: un fondo azul oscuro sobre el cual, hacia el extremo izquierdo, aparece lo que pudiera ser... una nube, o... un polvo de humanoide: *Live Peace in Toronto*. En fin. Fue la primera vez que Lennon, cansado del grupo, se atrevió a desertar con la maldita artista conceptual japonesa. Ese mismo año los Beatles grabaron *Abbey Road* e hicieron la inmensa película sobre cómo trabajaban en estudio: *Let it be*, de cuyas 96 horas de filmación solo quedaron ochenta minutos; el resto debe reposar cortado por las tijeras del editor en algún cajón en los sótanos de *Abbey Road*. Pero la película fue puesta a circular en 1970 con esa desalentadora versión que sin embargo salvó la depresión de dos o tres de nuestras tardes.

¡No os confundáis, expertos del rock medellipaisa, porque me confundís a mí, vuestro intrépido escribano! La cosa es que desde el 69 se estaba fraguando la desintegración de The Beatles, impulsada por una investigación financiera sobre sus activos y su menuda, que estaban a cargo del contador Allen Klein. Dicha investigación, que comprobó disparidades entre ingresos y egresos de algunos pocos millones de libras, y que fuera ordenada por la esposa de Paul, Linda Eastman, la misma que odiaba a morir a Yoko Ono, condujo en abril de 1970 a la disolución judicial del cuarteto, en medio de un baño de lágrimas en todo el mundo. La película *Let it be* llegó antes que el disco y entonces los "beatlemaníacos" nos pu-

dimos dar cuenta de otra cosa: la mayor parte de las canciones grabadas en el estudio o en el techo de Twickenham St. habían sido manipuladas por el productor Phil Spector, quien las bañó con un invento suyo de hacía casi diez años: la famosa "muralla de sonido" creada por él para realzar la calidad de algunos grupos de cantantes norteamericanas y británicas que lo hacían de cierto modo bien en sus "rendiciones originales", pero que con las "murallas" impresionaban más a los oyentes. Ni a San Pablo McCartney ni mucho menos a los otros le gustó para nada esta especie de pesado maquillaje, pero cansados por los trámites de la disolución dejaron que se fuera así, amurallado con sonidos presuntuosos. McCartney toda la vida estuvo tan furioso con esto que un buen día de los años 2000 se metió a los estudios de *Abbey*, e hizo que minuciosamente los técnicos fueran bajando el maquillaje pista por pista, hasta lograr poner a punto la música y voces originales, que se publicaron luego como *Let it be Naked*.

Pero volviendo a otra parte: fue en el mismo 1969 cuando McCartney, mientras grababan *Abbey Road*, no paraba de silbar una tonadilla de "algo que tengo en la cabeza pero que me da pereza continuar", y grabó la mencionada a escondidas de sus ya casi excompinches, y a principios de 1970 envió a un centenar de emisoras en Inglaterra y Estados Unidos un single con la ya completa canción *Another day*, y el lado b mostrando un ripio como *Oh why, oh May*. Yo tuve el placer de oírla por la onda corta de la BBC el día de su presentación, con el corazón queriéndome saltar al techo. Nunca más la volví a oír, aunque se rumoraba que la pondrían en el segundo disco de Sir Paul, *RAM*, en 1971. Nunca jamás. Leamos qué cantaba allí McCartney, en prosa:

Todos los días ella toma una ducha, se moja el pelo, se envuelve en una toalla



mientras camina al dormitorio. Es solo otro día, metiéndose en las medias, metiéndose en los zapatos, sumergiéndose en los bolsillos de su impermeable. Es solo otro día. En la oficina, donde los papeles se arruman, toma un respiro, bebe otro café y ve que es difícil mantenerse despierta. Es solo otro día. Triste, triste, triste, algunas veces se siente ella tan triste, sola en el apartamento en que vive, hasta que el hombre de sus sueños venga a romper el conjuro. Ah, quédate, no la dejes así, y él viene y se queda, pero se va al día siguiente. Tan triste. Algunas veces se siente ella tan triste... Y ella escribe una carta a "Los Cinco del Sonido", la multitud la rodea... Y ella se da cuenta de que es difícil estar vivo. Es solo otro día.

En el mismo año sucedieron otras tres cosas: celoso por el éxito temporal de *Another day*, y del subsiguiente álbum rural de McCartney titulado narcisísticamente con su apellido, y luego de hacerse junto con su Yoko Ono una terapia del "grito primitivo" (*Primal therapy*), que se supone te hace dar a luz o expulsar todos los traumas de tu infancia y adolescencia, el ya maduro niño Lennon a los 29 años produce y publica, junto con la Plastic Ono Band, su álbum de ruptura, sin título, según los críticos,

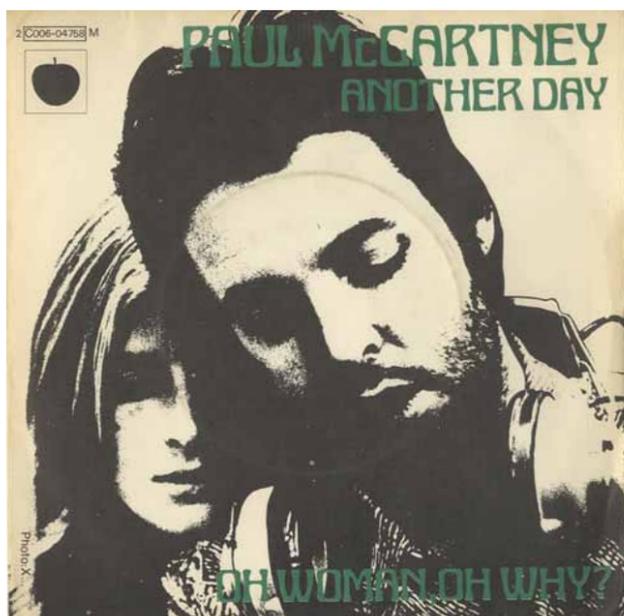
el mejor de toda su carrera: fino, preciso, austero, doloroso, y el desprendimiento de su divinidad como Beatle. Oigamos, con las orejas de los ojos:

DIOS. Dios es un concepto por el cual medimos nuestro dolor. Lo diré otra vez: Dios es un concepto por el cual medimos nuestro dolor. No creo en la magia, no creo en el I-Ching, no creo en la Biblia, no creo en el Tarot, no creo en Hitler, no creo en Jesús, no creo en los Kennedys, no creo en Buddha, no creo en el Mantra, no creo en el Gita, no creo en los Reyes, no creo en Elvis, no creo en Zimmerman [Bob Dylan], no creo en los Beatles. Yo solo creo en mí y en la Realidad. El Sueño ha Terminado. ¿Qué puedo decir? Ayer yo era el Tejedor de Olas, pero ahora he renacido: Yo era La Morsa, pero ahora soy John. De modo, queridos amigos, que ustedes tendrán que llevar la carga. El Sueño ha Terminado.

Todo el LP salta de joya en joya, recorriendo los instantes de un hombre desde la niñez hasta eso que ahora los publicistas llaman "la maduritud" –¡el horror!– Miremos unas líneas de otra canción que te abre los ojos como con una tijera, precisa para estos tiempos en que en los aires flotan primorosos y engañosos tratados de paz: *Héroe de la clase trabajadora*:

Tan pronto como naces te hacen sentir pequeño, por darte nada de tiempo en vez de dártelo todo, hasta que el dolor es tan grande que ya no sientes nada en absoluto. Un héroe de la clase trabajadora es algo que podrías ser. Luego te hieren en casa y te golpean en la escuela, ellos te odian si eres más talentoso y son malignos con los tontos, hasta que estás tan putamente loco que no puedes seguir sus reglas. Un héroe de la clase trabajadora, es algo que debes ser... Todavía hay lugar en el techo, te dicen, pero primero debes aprender a sonreír mientras matas... Si quieres ser un héroe de la clase trabajadora, solo sígueme, solo sígueme.

Y entonces, para no quedarse solo en la parada y cerrar el setenta con broche místico, el señor San George Harrison produjo un álbum triple. Y San Richard Starr, el baterista, dijo: "Estoy triste. Esperaré un poco más". En ese año tan interesante para el rock había ocurrido en Londres, en septiembre, el suicidio de Jimi Hendrix. UC



**FRAGMENTAL
TEATRO**

Del arte, parte y todo.

Cra 42 # 54-50. Tel: 239 81 25
fractalteatro@gmail.com
www.teatrofractal.com
www.facebook.com/fractalteatro
 Twitter: @fractalteatro

ceres
Mercado Orgánico

Ceres, Mercado Orgánico es una alternativa de consumo consciente y solidario con los campesinos agricultores, los animales, el medio ambiente y la salud. Nuestros productos son libres de agrotóxicos y transgénicos

Hortalizas, frutas, conservas y procesados
 Granos, Semillas y germinados, panadería artesanal
 Hierbas aromáticas, delicias vegetarianas
 Línea de hogar y aseo personal

Por tu salud, la de tu familia, y por respeto al medio ambiente:
 ¡Consumo alimentos sanos y orgánicos!

☎ 266 5360
 📍 Carrera 35 # 8a 3. Barrio Provenza
 @ contacto@ceresmercado.com
 📱 Ceres, Mercado Orgánico
 🌐 www.ceresmercadoorganico.com

Edición y comercialización de libros, en las áreas de historia, literatura, periodismo, investigación y técnicos

El libro es la extensión del pensamiento

Hombre Nuevo Editores

Teléfono: 284 42 02 • Carrera 50D N° 61-63 • Medellín
hombrenuevo@une.net.co

NUEVA

TU GATO ARENA AGLOMERANTE
-Scoopable-

Arena Sanitaria para Gatos Domésticos. **100% Natural** Control de olores

Distribuidor autorizado:
 D y CH Tel: 2659679
bast@une.net.co

FLORES SABORES
COMIDA GOURMET

Los mejores Nachos de Medellín, almuerzo gourmet de lunes a viernes y Caipiriñas 2x1 todos los jueves en la esquina amarilla de Palace con Cuba

Atendemos eventos y fiestas.
 Domicilios tel: 254 49 57
 Carrera 50 No. 59 - 13
floresysabores@hotmail.com

mas información en [f](https://www.facebook.com/floressabores) floressabores

Noviembre de 2012
corporación teatral

CAJA negra

Teléfono: 239 25 41
 Cra. 44 # 47-24

[f CAJANEGRATEATRO](https://www.facebook.com/cajanegrateatro)
[@cajanegrateatro](https://twitter.com/cajanegrateatro)
www.cajanegrateatro.com

Desde Nueva York	KRALOVÉ	RICARDO III
PARGO los pecados permitidos	No se, ni siento	Departamento de Teatro UdeA
Jueves 1º	Jueves 8,	Del 15 al 24
Viernes 2	Viernes 9	Jueves a Sábado
Y sábado 3	y Sábado 10	7:30 pm
7:30 pm		
Domingo 4		5:00 pm

FRANÇAIS / ESPAÑOL

300 865 44 94
ar-cursos@hotmail.com
[facebook.com/ar.cursos](https://www.facebook.com/ar.cursos)

CURSOS
GRUPALES O INDIVIDUALES
ESPECIALIZADOS EN INGLÉS Y FRANCÉS

300 865 44 94
ar-cursos@hotmail.com
[facebook.com/ar.cursos](https://www.facebook.com/ar.cursos)

INFORMACIÓN / CONTACTO

El verdadero sabor de Perú y México

Lupita

Disfruta de exquisitas especialidades Peruanas y Mexicanas con la mejor programación en el centro de la ciudad.

Éxitos de todos los tiempos, 70 S - 80 S - 90 S

EN VIVO

[f Lupita PeruMex](https://www.facebook.com/LupitaPeruMex)
[f Lupita Peruanamexicana](https://www.facebook.com/LupitaPeruanamexicana)

DOMICILIOS Y RESERVACIONES **218 27 41**
 Carrera 43 No. 52 - 40
 (Girardot, entre La Playa y Maracaibo)

lenteja express

Comida Rápida Vegetariana

- Hamburguesas
- Nachos
- Lasagnas
- Quesadillas
- Ceviche
- Jugos naturales

Centro calle 53 # 42 25 Cra. 239 812 30 88
 Pólvora 27a 25 No. 78 Provenza Cel. 300 875 80 36
lentejaexpressmedellincolombia@gmail.com
 Encuétranos en facebook, hamburguesa de lenteja vegetariana

Exfanfarria Teatro

Un Paso hacia una nueva historia

Calle 50 B No. 39-36 Telefax: 217 83 64
 E-mail: exfanfariateatro@gmail.com
www.exfanfariateatro.org
 Encuétranos en facebook y twitter

Del 22 de Noviembre al 1 de Diciembre.
 Jueves, viernes y sábado. 8:00 p.m.
ESTRENO: LA CASA DE LA LAGARTIJA
 Dramaturgia y Dirección: Fernando Zapata
 Beca Creación año 2012
 Secretaría de Cultura Ciudadana - Alcaldía de Medellín

BUENA COMPAÑÍA S.A.S
Plataforma Estratégica

Soluciones en Gestión Humana

Contáctenos:
www.buenacompania.com.co
 Tel. 251 58 55

ARTESANIAS ROSALBA VIDAL 30 años

Materiales para manualidades y artes

Presenta este cupón y obtén un **7% de descuento** en compras mayores de \$15.000

Teléfono: 251 65 49
 Dirección: Carrera 47 # 50-14

Cupón válido sólo en el centro

10 AÑOS
¡Creer, crear, hacer!

MEDELLÍN EN ESCENA
ASOCIACIÓN DE SALAS DE ARTES ESCÉNICAS

¡Celebra con nosotros!

Programación especial en nuestras salas asociadas.

Fecha: 22 de noviembre de 2012

Más información:
www.medellinenescena.com

El Eslabón Prendido

Atendido por su propietario
 Maracaibo arriba de Girardot

Colombo Open House
65 years Making dreams come true!

Jornada Cultural
 Danza, Teatro, Música y Arte.

10 de noviembre
 10:00 a.m. a 10:00 p.m.
 Calle Maracaibo (entre El Palo y Girardot)

Entrada libre

ColomboAmericano Medellín 65 Años

VEN Y disfruta

Mar y Cuba
restaurante bar

comida de MAR AL SON de LA HABANA

tel: 239 0291
 calle 53 # 42-13
 2do piso

Pocos kilómetros detrás de la Ciudadela Nuevo Occidente, a unos 2.300 metros de altura, se acaba el Valle de Aburrá. Las tierras frías que abastecen de agua y leche a Medellín están más arriba. Unos metros abajo, donde empieza la Ciudadela, está la estación La Aurora del Metrocable, cadena del ancla que la ata al resto de la ciudad, cuerda floja por la que se deslizan los equilibristas del rebusque diario.

Al despertar un domingo en el apartamento 101 del Bloque 7 de la urbanización La Aurora, Viviana Quintero, de treinta años, y Raúl Valencia, de 41, lo primero que sienten es un vallenato gangoso que sale de un apartamento de enfrente al que le tumbaron las paredes de la sala y convirtieron en discoteca. Viven en La Aurora desde hace cinco años y ocho meses, cuando dejaron su casa en El Morro de Moravia.

Los fines de semana la música y la actividad comercial desafían amaneceres, puestas de sol y noches de luna llena. Sobre el andén que conduce al bloque de Viviana y Raúl, los primeros pisos de los edificios han sido convertidos en locales comerciales: hay una panadería, una legumbriería, una carnicería, una tienda de abarrotes, una cacharrería, otra panadería, una farmacia y papelería, otra tienda, una peluquería, una tienda de helados, una de ropa y dos discotecas. Al otro lado del andén hay puestos ambulantes de venta de fritos y de licor, que hacen parecer el pasaje una calle atiborrada del centro de la ciudad.

—Nos dijeron que a los que teníamos negocio en Moravia nos iban a dar locales, pero no cumplieron —dice Viviana.

La puerta del apartamento está abierta desde muy temprano. En el espacio destinado a la sala funciona una papelería que abre desde que se levantan hasta que se acuestan. Detrás de la papelería, John Brainer, el hijo mayor, de once años, duerme sin perturbarse. El sofá separa las dos habitaciones del apartamento y linda con la mesa del comedor, que a su vez está recostada contra una barra que divide la cocina.

Viviana entra a la cocina, pone un chocolate en una parrilla y calienta agua en otra. Raúl se alista para salir. A las 9 a.m. empiezan las elecciones de delegados del Presupuesto Participativo y por primera vez es candidato. Hace parte de la Junta de Acción Comunal de La Aurora y es el encargado de organizar los eventos deportivos.

—Yo le digo que tiene que saber decir lo que va a proponer —dice Viviana.

—Uno llama a la Policía y se queja del ruido, pero por aquí nunca aparecen; pasan de día, cuando no hacen falta —dice Raúl mientras carga a Samuel, su bebé de tres meses.

—Ya uno ni les dice nada a esos bochincheros —dice Viviana, que mira por el balcón a una pareja que baila en una de

por ALFONSO BUITRAGO LONDOÑO

Fotografía: El Nueve



las discotecas. Le pide el bebé a su esposo y lo mete en una bañera plástica verde puesta encima de la mesa del comedor.

La Ciudadela cuenta con veinte urbanizaciones, habitadas por más de cuarenta mil personas empaquetadas en diez mil apartamentos. Este año se entregarán 1.200 viviendas más, para cerca de cinco mil personas, y en un futuro próximo el número de habitantes podría acercarse a los cien mil. Allí se construirán muchas de las diez mil viviendas prometidas por el gobierno del presidente Juan Manuel Santos.

En los terrenos de la Hacienda Luitania que hizo famoso a Dayro Chica, quien levantó caballos y toros apetecidos por mafiosos, los nuevos propietarios levantan hoy un barrio. Son cerca de 234 hectáreas que pertenecen al corregimiento de San Cristóbal, con el que la Ciudadela debe competir por los recursos municipales. El corregimiento es de vocación agrícola, mientras la Ciudadela es un invento urbano. Lo que a San Cristóbal le tomó más de dos siglos —acercarse a los cuarenta mil habitantes—, la Ciudadela lo consiguió en siete años.

Lo que no se consigue tan rápido es crear comunidad. Hay personas de diferentes procedencias y condiciones sociales: vienen de Moravia, de La Iguañá, del Popular, y a las viviendas de interés prioritario se suman las de interés social y las privadas. La Alcaldía y el Concejo discuten si es conveniente crear una nueva comuna y anexar la Ciudadela al territorio urbano de Medellín, pero la organización comunitaria todavía es precaria, existe desconfianza y apego a los territorios abandonados.

Santiago Valencia, gerente de la Ciudadela y funcionario de la Alcaldía, dice que la experiencia de los habitantes es similar a la vida escolar: “cuando llegan es como cuando uno iba por primera vez al colegio que sentía rabia y hacía pataletas, pero pasa el tiempo y uno no se quiere graduar”.

Teresa Buitrago, una de las líderes que trabaja con la gerencia, dice que no cambia su apartamento por nada, que no hay una vista más maravillosa del

valle; pero Ana Quilindo, líder sin remuneración, dice que lo único que hizo el municipio fue traerles problemas: falta equipamiento, cupos escolares —hay 700 niños sin estudiar—, desempleo, drogadicción, delincuencia, embarazo adolescente.

A pesar de las diferencias, algo incipiente los une: la competencia con San Cristóbal, y que unos y otros alzan la voz como ciudadanos que pagan impuestos.

Viviana y Raúl llegaron a Moravia en febrero de 2002, desplazados del municipio de San Luis, en el oriente antioqueño. Llegaron con su hijo John Brainer, que tenía un año de nacido, la madre de Viviana, un hermano con una enfermedad mental y una hermana con su esposo e hijo. Los recibió una tía que tenía en El Morro una casita de madera de unos cincuenta metros cuadrados y dos habitaciones. Allí se acomodaron las tres familias recién llegadas, que con la de la tía sumaban 16 personas.

—En esa época el trabajo de todos los días era ir a recoger agua a las cuatros de la mañana a la casa de la paisana Rocío —dice Viviana.

Desde los años sesenta Moravia creció hasta convertirse en un laberinto de 43,7 hectáreas y aproximadamente 42 mil personas —961 personas por hectárea, es decir, diez personas por metro cuadrado— según el censo de 2004, cuando se inició el Plan Parcial y el Proyecto de Mejoramiento Integral que provocó la reubicación de cientos de familias y hoy continúa.

A la urbanización La Aurora le dicen Moravita, pues allí llegaron la mayoría de familias que tuvieron que abandonar los ranchos de madera y las casas de material que habían construido en el morro de basuras de Moravia. A cada familia que abandonara su rancho y permitiera al municipio demolerlo, le daban a cambio una vivienda de interés prioritario (destinadas a personas que viven en zonas de alto riesgo o desplazadas por la violencia).

La vida vertical cal

Así tuvieran una elaborada casa de dos plantas o un ranchito a medio hacer, a todos les correspondía el mismo tipo de apartamento en obra negra, sin revocar y sin divisiones, de 47,2 metros cuadrados y avaluado en 20'400.000 de pesos. La propiedad horizontal le puso medida y valor estándar a su pobreza.

Los habitantes del Morro empezaron a llegar a La Aurora en febrero de 2007. En total se reubicaron 280 familias, unas 1.300 personas, en los Bloques 5, 7, 8 y 9 de los 16 que conforman la unidad.

No importa cuánto midan sus viviendas: así como aprendieron a poblar El Morro, el asentamiento irregular planificado y construido con organización comunitaria más populoso de Medellín —cada nuevo rancho, una nueva victoria—, así han sabido adaptar y modificar La Aurora: con un promedio de ochenta apartamentos por bloque, abarca seis hectáreas verticales en las que viven unas cinco mil personas.

El rancho de Viviana y Raúl en la cima del Morro les costó un millón de pesos; era de dos plantas y no tenía más de veinte metros cuadrados. Vivían de una pequeña tienda y de los trabajos de ebanistería que conseguía Raúl en los alrededores del barrio.

Ellos aceptaron con facilidad la reubicación —todavía hay familias que se resisten a abandonar El Morro—, aunque en ese lugar nuevo y apartado Raúl podía demorarse en encontrar trabajo. No había siquiera una ruta de buses que subiera hasta la urbanización. La tienda les daría de comer.

Viviana es una mujer despierta, de palabra fácil y buena formación. En las



paredes del apartamento, junto a un reloj con la imagen del Sagrado Corazón, cuelgan los diplomas que ha cosechado: bachiller académico, curso básico de trabajo en madera y curso de repostería y pastillaje. Dispuesta a adaptarse a su nuevo ambiente, se convirtió en la encargada de los asuntos de su edificio. De la "copropiedad". ¿Copropiedad? ¡Pareciera que estuviéramos hablando de una experiencia de propiedad colectiva!

Empezaron a llegar cuentas de saneamiento básico y alumbrado público a nombre del edificio; los funcionarios les hablaban de régimen de propiedad horizontal, de administradores y asambleas. Viviana pasaba de apartamento en apartamento recogiendo de a mil pesos, o lo que cada familia pudiera dar, pero nunca alcanzaba para pagar las cuentas.

Las deudas se acumulan. Y los conflictos. Con Empresas Públicas pelean dos millones de pesos; la bomba que impulsa el agua a los últimos pisos se dañó; no hay dónde tirar la basura, entonces algunas personas la tiran por el balcón —estamos hablando de edificios de hasta once pisos, sin shut, sin ascensor—; los borrachos orinan en las escaleras; el ruido es marca registrada del lugar; hay peleas de mujeres celosas; los jovencitos aprenden a reproducirse en la oscuridad de los corredores; uno que otro vecino descubre que la vida vertical sirve para suicidarse...

—Ya me cansé de insistir. Cualquier cosa que uno haga es para problemas.

Los vecinos que se mudan le encargan a Viviana sus apartamentos para que ella los ofrezca a posibles arrendatarios. Y a pesar de los conflictos...

—Aquí no dura uno desocupado —dice Viviana, sentada en el sofá.

Un alquiler cuesta entre 220 y 250 mil pesos y depende de las reformas que tenga el apartamento: si tiene divisiones, si le han puesto piso; los más caros son los que tienen cocina integral.

Con trabajo y el subsidio que recibían por el desplazamiento, Raúl y Viviana le pusieron al apartamento piso de cerámica y enchapado y cabinado al baño. El valor comercial ronda los treinta millones de pesos.

—Raúl va a hacer los gabinetes de la cocina —dice Viviana—. Ha intentado hacer trabajitos por aquí, pero sin herramientas es muy difícil. Y tampoco da para pagar un local para un taller.

Viviana trabaja haciendo oficios varios en la Fundación Carla Cristina. Raúl atiende la papelería y cuida a Samuel; John Brainer le ayuda cuando regresa del colegio.

Hace un año que decidieron cambiar la tienda por la papelería. El negocio no estaba dando por la competencia de otros apartamentos. Con una herencia que le quedó a Raúl de su padre, la venta de la tienda y una liquidación de Viviana, recogieron tres millones de

pesos para comprar la fotocopiadora y el "plante" para la papelería. Además, compraron fiado un computador para John Brainer. Ahora ven el futuro de Samuel sin tantas angustias.

—Pobre mi John Brainer que no le tocó tomar leche de tarro. La pobreza de nosotros en San Luis fue muy dura.

Al final de la tarde de un sábado Viviana contempla a Samuel. Raúl y Brainer están lavando un apartamento que acaban de alquilar. El bebé está junto al balcón, oscilando en una mecedora eléctrica de la que sale una canción infantil, un regalo muy sofisticado que le envió a Viviana una hermana que vive en Las Vegas.

La puerta de entrada está abierta, como de costumbre. La del balcón está cerrada, como todas las tardes del fin de semana. Enfrente retumban los parlantes de las discotecas, que hacen vibrar los ventanales como si el apartamento tuviera motor. Samuel duerme, indiferente a las vibraciones, como si la mecedora lo transportara a una tierra de ensueño.

El corredor comercial de Moravia está lleno de vecinos. En los balcones se ven parejas de jovencitas haciéndose trenzas, señoras sentadas mirando para abajo, niños que aparecen y desaparecen. Los balcones son palcos para no perderse lo que está pasando, y además sirven de cuartos útiles.

En las ventanas se ven avisos que ofrecen servicios: se sacan llaves, se venden minutos, licores, helados y comidas rápidas. Las cortinas hacen las veces de fachada multicolor, como si adornaran las tribunas de una plaza de toros antes de la corrida vespertina.

Detrás de esas cortinas viven albañiles, vendedores ambulantes, recicladores, mensajeros y carretilleros que también utilizan los apartamentos como bodegas de su oficio: guardan el cartón y el plástico, la carretilla —un señor llegó a subir el caballo y lo metió en el balcón— y la moto.

Dada la imposibilidad de marcar diferencias con el exterior de los apartamentos, las cortinas son una señal de estatus: el material del que están hechas, el color y la forma en que caen, revelan la situación de una familia: las hay rectas y con pliegues, o desgonzadas y mustias, o son una sábana o una cobija vieja.

Hay familias que prosperan, pues la propiedad les ha dado confianza para invertir en sus apartamentos y los han valorizado, y otras en dificultades, numerosas, que o pagan los servicios o se acuestan con hambre.

Samuel se despierta. Viviana lo saca de la mecedora y se sienta en el sofá. Lo acomoda entre sus carnes y lo amamanta. Afuera, frente a la discoteca, un gru-



po de hombres juega dominó... ¡Tas!... ¡Tas!... ¡Tas!..., suena el beat del barrio.

Entran un par de niños, Viviana los atiende.

—Que si tiene bolsas de regalo —dice uno de ellos.

—Claro que sí mi amor, ¿de cuáles quiere?

—Ah, no sé, una de este tamaño —dice el niño, y le enseña una bolsa plástica.

—¿De mujer o de hombre?

—Mmm...

—Lleve pues esta —dice, y le entrega una que sirve para cualquier género. El niño le da una moneda de cien pesos y se va con su amiguito.

Afuera, que también es adentro, en la mitad del ruedo, la vida sigue su algarabía. Todo está mezclado y a la vista: los niños jugando, los ancianos conversando, los muchachos bebiendo, las jovencitas bailando, la mujer comprando el revuelto, el hombre con la caja de huevos al hombro. En la vida vertical de La Aurora la cotidianidad se vive como en un día de mercado.

El cielo se cierra, parece que va a llover.

—No se preocupe por la lluvia que aquí

no se moja —dice Viviana—. Si estuviéramos en Moravia tendríamos que sacar hasta las cucharas para recoger las goteras. Y luego estaban el pantanero y las ratas y la basura y la mierda que le tiraban a uno al techo, y la zozobra porque cualquier día le echaban a uno el ranchito al suelo.

Raúl entra y detrás viene Brainer con la ropa empapada. Viviana le entrega el bebé a su esposo y le pide a su hijo que se cambie.

—Voy a preparar la comida para que se vaya para la reunión —dice.

Raúl va a reunirse con sus compañeros de la Junta para preparar la jornada de elecciones.

—La idea es competirle a San Cristóbal en alguno de los proyectos, pero es difícil porque están organizados. Hay que trabajar con la comunidad para competir mejor en las próximas elecciones—dice.

El futuro cercano parece inevitable: por vocación y población, la Ciudadela Nuevo Occidente se convertirá en la comuna 16 de la ciudad. La refundación vertical está en marcha. Entre el ayer y el mañana de Medellín, habrá un momento para su aurora. UC



En 1995, con apenas 21 años, yo ya era un periodista deportivo. Sin embargo, muy pocos lo sabían. N.V.I. Radio, la emisora para la que trabajaba, era una de las últimas del dial, una prueba casi perdida tanto para los radio-walkmans de mis amigos como para el radio reloj de mi madre, que rara vez lograban atrapar la señal. Por entonces yo me sentía el típico novato que vislumbra una prolongada carrera, la cual, por supuesto, debía ser muy acompañada si quería trabajar algún día en grandes programas de radio como La Gran Polémica Deportiva del 'El Doctor Peláez', pues 'El Calvo Vélez', el otro comentarista deportivo de fama en el país, nunca fue uno de mis referentes, no solo por el timbre nasal de su voz, que era igualito al mío, sino por su inclemente manera de ver el fútbol.

Sería ese mismo año, la noche del 26 de julio en la que Atlético Nacional enfrentó a Millonarios por la Copa Libertadores, cuando pisé por primera vez el camerino de un club profesional y viví la más aleccionadora de mis experiencias radiales. En la mañana, el director de la emisora, "don Víctor", se había peleado con el grupo principal de locutores, un trío de ancianos otrora muy famosos en el mundillo radial, pero que en aquel momento vivían de intercambiar menciones publicitarias por comida y ropa en algunos restaurantes y almacenes de tercera. Así que al mediodía "el jefe" nos echó todo un discurso sobre la prueba que, según él, la vida nos había preparado: "no cualquiera tiene la oportunidad de ocupar una cabina de transmisión en el mejor estadio de Colombia, y ya ustedes están listos. Yo confío mucho en su profesionalismo; al fin y al cabo, se han quemado las pestañas para esto". Eso fue lo que nos dijo, a pesar de que siempre le oímos decir orgulloso que los mejores locutores deportivos eran abogados, ingenieros, médicos, o ni siquiera habían pasado por una universidad, y que mis amigos y yo estábamos perdiendo el tiempo si queríamos hacer buen periodismo.

Nosotros aceptamos gustosos su propuesta, aunque sabíamos que la verdadera causa de semejante decisión era su afán por cumplir con las pocas pautas de la emisora: una nueva marca de refrescos llamada Wizz; otra serie de anuncios de una campaña estatal que premiaba con jugosas recompensas a los ciudadanos que denunciaban narcotraficantes y guerrilleros; y la publicidad de una distribuidora de ollas que, a última hora y ante el acontecimiento, había donado una sartén para distinguir al mejor jugador de la cancha.

Así las cosas, cada tanto el narrador debería interrumpir su relato y decir, a manera de clave: "¡Qué sed la que tiene ese jugador!", y de inmediato, desde el estudio, entraba el comercial de la soda; o "no se pregunten cuánto falta, todavía hay tiempo de más y de hacerse millonario, denuncie a los siguientes hombres...", para que se escuchara una lista de alias que muy bien podía asociarse a la temible delantera de un equipo legendario (alias 'Tirofijo', alias 'El Patrón', alias 'El Alemán', entre otros). Además, claro está, debíamos mencionar la cuña de la sartén y los demás programas de la emisora, una montonera de especiales de música vieja y varios magazines con énfasis en salud y cocina. Para don Víctor todo era digno de promocionarse menos el espacio de 'Arazá', el parasicólogo que se apoderaba de la emisora en las noches.

Inmediatamente después de aceptar la propuesta todos corrimos al teléfono, pues soñábamos con acopiar al menos a una veintena de oyentes entre aquellos que siempre decían oír nuestros programas de practicantes universitarios: los amigos, las novias y las fa-

milias. Mientras por turnos cada quien le explicaba con desespero a los suyos cómo captar la señal de la emisora, los otros buscábamos en los periódicos las posibles alineaciones de los equipos, las declaraciones de los entrenadores y las estadísticas de los enfrentamientos previos. La consigna era ocultar nuestra condición de simples estudiantes de periodismo, parecemos lo más que pudiéramos a un grupo radial deportivo.

Yo, que había sido asignado al camerino visitante, rogaba para que ningún jugador de Millonarios brillara, pues era sabido que mientras las grandes emisoras entregaban bonos para restaurantes o boutiques de primera, uno de nosotros tendría que ingresar al camerino, sartén en mano, dispuesto a sacarle al jugador premiado alguna descripción del obsequio, según las indicaciones del patrocinador. Así que todo pintaba para mutar de periodista a desgarrado animador al tener que entrevistar a la figura del encuentro sobre las bondades de las agarraderas de una olla o sus mínimos problemas de adherencia. Pero igual, éramos seis amantes del fútbol, cuatro adscritos a la causa nacionalista que esa noche haríamos lo que fuera por ver uno de los partidos más importantes del equipo amado, y más aún, con un micrófono en la mano. En esto éramos idénticos a cualquier grupo radial deportivo.

Casi cuatro horas antes del juego, a las 4:00 de la tarde, ya estábamos en el estadio. A esa hora yo era el único periodista parado en la puerta del camerino

de Millonarios, y no es que anduviera detrás de alguna primicia. El asunto era custodiar el extenso cable del micrófono que recorría la tribuna, pues nuestro efectivo ingeniero, otro anciano al que apodaban 'Machete', todavía analizaba cómo camuflarlo entre el cemento de las gradas para que ningún hincha al tirar de él me sacara del aire; y buscaba además, que sobraran algunos metros para colgar de mi hombro derecho, lo que me permitiría llegar hasta el fondo del camerino.

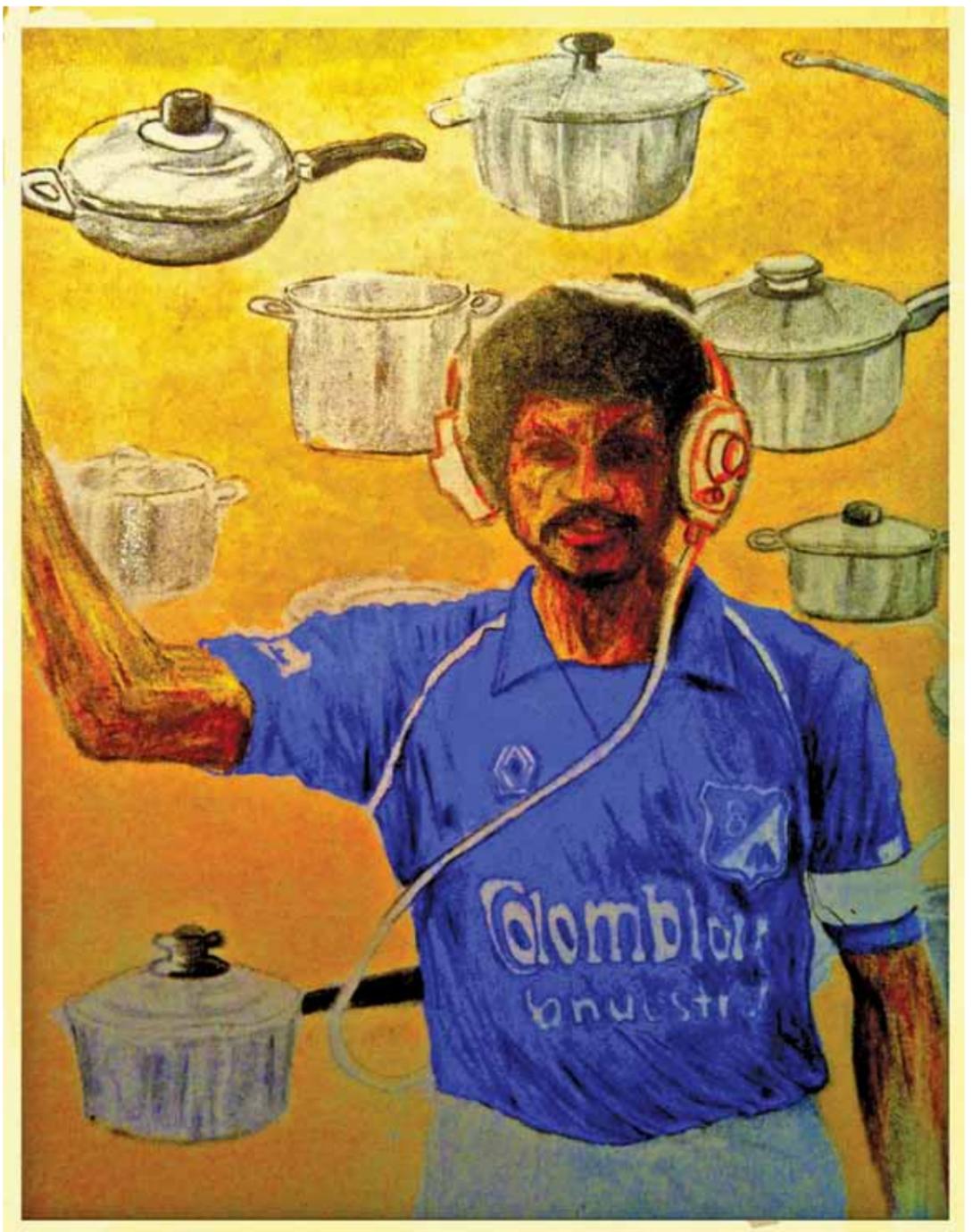
Una vez al aire, cada uno saludó a sus esperados oyentes al ritmo de alguna canción de moda. Después nos dedicamos a analizar los jugadores de ambos equipos, a radiar más canciones festivas, a leer descaradamente las secciones deportivas de los diarios, a hablar de la sartén que le entregaríamos al jugador más destacado, a registrar el ingreso paulatino de los hinchas; y en definitiva, a lo más importante: pregonar cada tanto que Atlético Nacional vencería esa noche.

"¡Qué mierda tener que venir a esto!", me dijo un policía con acento bogotano. Le pregunté si era hincha de Millonarios, pues no me cabía en la cabeza que la obligación entrara a un estadio de fútbol. Me sentí tan cuestionado por la situación que luego pensé en entrevistarle, pero su previsible parquedad y una canción dedicada al Atlético Nacional que llegaba a mis audífonos mezclada con los hurras de mis compañeros en cabina, me hicieron descartar la conversación. ¿Qué sentido tenía entrevistar a

un amargado, cuando la principal faena del periodismo deportivo consiste en incrementar el ambiente festivo que se respira en la ciudad?

Afortunadamente unas horas después comenzaron a llegar mis verdaderos colegas, es decir, aquellos que como yo pertenecían a "emisoras de tercera", y quienes por supuesto también arrastraban sus cables. Aunque parecían más, solo eran tres o cuatro tipos canosos que parlotearon entre ellos con el desenfado de un cuarteto de vagos en un parque público, pero que una vez agarraban el micrófono parecían imitar a los viejos cantantes románticos. La mano que les quedaba libre se volvía una especie de audífono, nunca la separaban de una de sus orejas, y con los ojos cerrados, en una suerte de trance, alargaban las palabras mientras bailoteaban suavemente. Unos minutos más tarde llegaron los otros periodistas, "los inalámbricos", una decena de lustrosos hombres vistosamente uniformados con las chaquetas de las grandes emisoras, que se saludaban entre ellos como lo hacen los beisbolistas cuando celebran una carrera, cuidándose eso sí de no chocar sus estilizados y brillantes micrófonos. Recuerdo incluso que cuando uno de ellos desordenó mi cabellera mientras me decía "¡vamos campeón, así se empieza en la radio!", recibí uno de los pocos llamados de la cabina, al que simplemente atendí por reacción: "...sí compañeros, ya toda la prensa está dispuesta para ingresar al camerino azul, y por supuesto, junto a lo más

Camerino azul



por JUAN GUI ROMERO TORO

Ilustración: Cachorro

granado del periodismo deportivo local y capitalino también está N.V.I. Radio”.

Media hora después una mano anónima colgó de la puerta del camerino una hoja con la alineación del equipo. Todos embistieron el papel, aunque las declaraciones que lanzaron al aire negaban el tumulto, pues todos dijeron lo mismo: “el comunicador del equipo albiazul ya le ha entregado a esta prestigiosa emisora la formación numerada del rival de esta noche del oncenista nacionalista. Así que papel y lápiz, que estos serán los once jugadores de Millonarios”. Yo fui el último en cornear el mensaje, aunque según mi compañero de la cabina “la primicia” también era nuestra.

Las conversaciones de “los periodistas sin cable”, que para entonces se habían estancado en las minifaldas de las porristas de Nacional, eran cada vez menos audibles, el estadio ya estaba lleno y los coros de la hinchada sonaban a todo volumen. De repente, unos adolescentes que habían saltado de la tribuna y se turnaban para colgarse de una pequeña ventana que daba al camerino comenzaron a gritar: “Iguarán, Higuaita es tu papá”. Inmediatamente, como en una coreografía, todos tomaron los micrófonos para señalar que Millonarios había llegado al estadio. Yo hice lo mismo.

Unos minutos después, cuando todo indicaba que alguien abriría el camerino y mientras celebraba mi llegada, esta vez entre el trío de punta, parado ante la puerta, el mismo periodista que me tocara la cabeza un rato antes comenzó a molestarme cuando ya se apagaba el alboroto: “jovencito, con calma que todos vamos a trabajar”. Yo solo alcancé a identificar las risas de quienes estaban a mis espaldas, pues cuando enfoqué otra vez hacia el frente el gris de la puerta se había transformado en un amplio lugar iluminado con neones,

desmantelado como el camarote de un viejo barco, en donde todos reían como si se tratara de una fiesta clandestina. Todos parecían ignorar el partido que se venía, y más bien actuaban como si celebraran una victoria. Muchos de mis “colegas” sonreían junto a aquellos fornidos hombres vestidos de azul, como si fueran amigos que volvían a ver después de mucho tiempo.

Yo elegí al defensor Osman ‘El Fosforito’ López, pues nadie que llevara ese apodo podría ser antipático, pero cuando intenté acercarme, vaya sorpresa, algo se había comido el cable que hasta hacía un rato cargaba en mis espaldas. Analicé la situación, y mientras forcejeaba con quién sabe qué, intentando remontar los tres metros que me separaban de los futbolistas, recibí el llamado de mis compañeros desde la cabina: “¿Qué pasa en la parte baja?”, por lo que tuve que ponerle algo de solemnidad al ambiente, e inventar: “los jugadores aún conversan con el técnico yugoslavo Vladimir Popovic, pero dijeron que en segundos iban a hablar con la prensa, y por supuesto con N.V.I. Radio”.

La puerta del camerino estaba cerrada. Los chicos de la rejilla no habían logrado entrar; uno de ellos estaba colgado otra vez, y desde aquella ventana la emprendía ahora contra el hábil mediocampista Carlos Rendón. Por un momento pensé que aquellos “pelagatos” eran los culpables de mis males, pero un hombre que hacía las veces de portero en el camerino me dejó salir para descubrir que el problema venía de la tribuna. La ansiedad se apoderó de mí y rápidamente volví a tocar. Una vez adentro, el vigilante me dijo: “apúrese que en cualquier momento saltan a la cancha”. Lo único que se me ocurrió fue desconectar el micrófono, amarrar el cable a un gancho que hallé en la pared

y dirigirme nerviosamente hasta donde estaban los futbolistas.

Un periodista de una estación bogotana había terminado su entrevista con Arnoldo Iguarán, el jugador más reconocido de Millonarios. Al ver que el futbolista quedaba solo, decidí acercarme, lo saludé tímidamente, como si fuera a pedirle un autógrafo, y con las orejas hacia abajo, se la solté:

–Iguarán, lo que pasa es que yo soy un estudiante y quisiera entrevistarle, pero mi micrófono está allí atrás, ¿será que me puede acompañar un minuto?

–¿Atrás? ¿Dónde?

–Ahí, junto a la puerta

–¿Pero es aquí, adentro en el camerino? –indagó, confundido.

–Sí, claro, ahí junto al vigilante, es que está enredado en la tribuna.

Unos segundos después yo conectaba, todavía tembloroso, el micrófono al cable, y olvidándome de todo, intentaba convertirme en otro imitador más de los baladistas de antes. Le pasé los audífonos, me llevé la mano libre a la oreja izquierda, y luego me descosí: “es un placer tener con nosotros nada menos que al goleador de muchas selecciones Colombia, al interminable Arnoldo Iguarán. ‘Guajiro’, qué gustazo tenerlo en los micrófonos de N.V.I. Radio. Lo dejo con mis compañeros”.

Las preguntas que le hicieron eran dos veces más largas que las respuestas del jugador, y aunque yo no las oía, todo indicaba que eran verdaderas demostraciones, pues él siempre asentía, y terminaba diciendo “sí, eso es lo que nos ha dicho el entrenador”. Un par de nuevos tirones al cable nos obligaron a arrodillarnos. La imagen de los demás jugadores al fondo, tan sonrientes, nos hacían ver como si estuviéramos cumpliendo la penitencia de algún juego infantil. Incluso hubo un momento en que él mis-

mo tomó el micrófono con la mano derecha y el músculo de su antebrazo se tensó. No había duda, estaba conmi-go. Mientras estuvimos allí, su cabeza siempre estuvo tirada hacia atrás, como cuando superaba a sus rivales por rapidez. Su faraónico afro parecía diseñado para romper el viento, y sus piernas, aunque no eran tan musculosas, me parecían muy largas para su tronco.

Viéndolo allí comprendí que ese cuerpo estaba hecho para la velocidad, y que cualquier descripción suya que hicieran en La Gran Polémica Deportiva, o los análisis que al día siguiente le dedicaría ‘El Calvo’ Vélez’, serían mínimos. Como nunca antes sentí la necesidad de conocer algo más de la historia de este hombre, y no simplemente describirlo como aquel negro proveniente de La Guajira que corría como ninguno. Anhelaba hacerle alguna pregunta que me hiciera inolvidable; sin embargo, solo se me ocurrió pedirle un mensaje para los indígenas de su región, los Wayúu, como hacen en los reinados de belleza, pero enseguida alguien vino a indicarle que debía juntarse con su grupo. Me entregó los audífonos, se levantó y me dio la mano. Yo le deseé mucha suerte, mientras oía cómo mis compañeros me contradecían entre risas: “sí, que le vaya muy bien en la vida, pero que hoy no tenga fortuna frente a Nacional”. Mientras lo observaba estirar sus músculos en medio de aquel círculo azul que formaba con sus compañeros, les repliqué a los míos, a cualquiera que me oyera, con renovados ánimos, eso sí, que para mí había sido un gran honor tener a Arnoldo Iguarán en los micrófonos de Nombre, Voz e Imagen –N.V.I. Radio–, una pretenciosa sigla que con el tiempo se transformaría en un mensaje irreversible: “No Vuelvas a Intentarlo en la Radio”. UC



En la moneda de 500 LA RANA DE CRISTAL

Estas traslúcidas ranas americanas protagonizarán el último encuentro del ciclo “Contando plata: conversaciones sobre las nuevas monedas”, diseñadas por los reconocidos artistas colombianos José Antonio Suárez y Johana Calle.

INVITADO: Juan Manuel Daza

Biólogo, PhD en Biología de la conservación, curador del Museo de Herpetología de la Universidad de Antioquia, profesor Instituto de Biología de la Universidad de Antioquia.

Mayores informes: www.parqueexplora.org, 516 83 00, 317 438 2615

Jueves 1
de noviembre
6:30 pm
Parque Explora
Entrada libre



Conferencias Parque Explora Medellín



Alcaldía de Medellín

Los hermanos Cuervo

Los hermanos Cuervo, la reciente novela de Andrés Felipe Solano, transcurre entre ambientes y delirios variados. Siempre está la extrañeza, la extravagancia, las perlas podridas que entregan la naturaleza y la vida en las ciudades y las carreteras. Las anomalías hacen parte de esta colección de *freaks* que por momentos nos hacen reír, por momentos nos mueven a la envidia y en ocasiones activan las alarmas de la desconfianza que despiertan los mentirosos consumados.

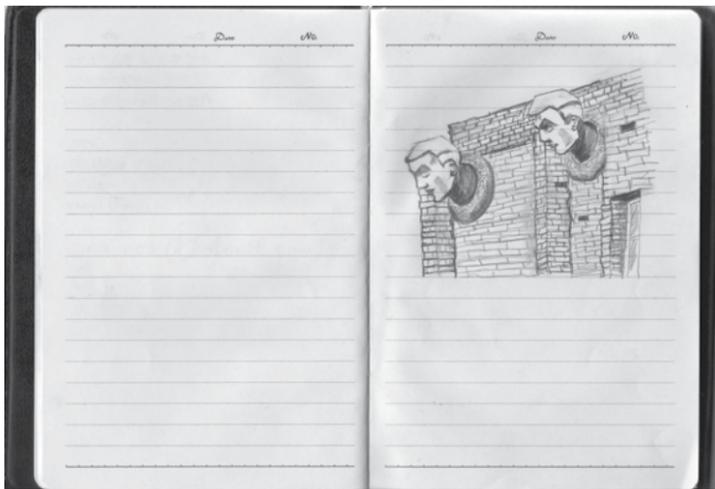
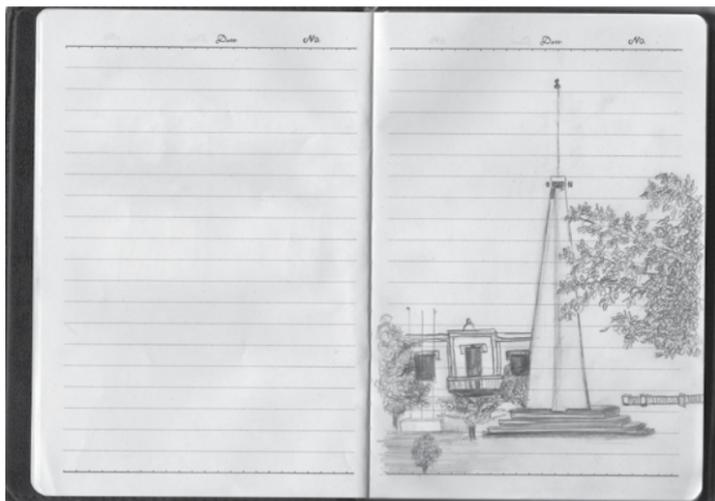
En el colegio los hermanos Cuervo brillan por sus gustos que más parecen lacras. Los alumnos nivelan todo por el medio, lo igualan todo de tanto mirarse y temer la mirada que los juzgue como diferentes. Ellos son diferentes, los extraños, los silenciosos, los que no toman Coca Cola, no ven televisión y se ven monstruosos por no compartir los juegos y las charlas de sus congéneres.

Los Cuervo son periodistas, filósofos, cartógrafos, historiadores y algo más. Pero están todavía crudos, y eso

hace que sus pesquisas y sus días sean remedos de todas esas disciplinas, versiones amputadas de lo que harían verdaderos especialistas. Oyen las bombas de los años noventa y cogen un taxi para tomar fotos del espectáculo. Así son, retorcidos, frívolos en algunas ocasiones y profundos hasta el desconcierto en otras.

Uno de sus vicios es coleccionar historias de construcciones extravagantes y efímeras en Colombia. Pretenden ser miembros de una nueva comisión corográfica y logran componer un álbum de ruinas y curiosidades. Allí tienen lugar La Posada Alemana de Lehder, El Palacio Egipcio que encargó un optómetra en Medellín, el obelisco de Uribia forrado en concha nácar en medio de una plaza que pretendía imitar a la glorieta parisina de l'Étoile.

UC trae algunas de las entradas de esa singular enciclopedia que se quedaron por fuera de la novela de Andrés Felipe Solano. Digamos que las encontramos en la basura de una su salón de clase.



Pequeña Enciclopedia de Construcciones y Monumentos Inesperados de Colombia III

No. 7. Parque La Isleta

Inaugurado en 1964 en Cartago (Valle) a las orillas del río La Vieja. Es conocido por cuarenta samanes que fueron sembrados a finales del siglo XIX. También se encuentran cauchos, ceibas, carboneros, gualandays y palmeras. Cuenta con patinódromo, lago artificial, coliseo y malecón sobre el río. Los fines de semana es el sitio de recreo más visitado de Cartago. Desde los años noventa también es un reconocido botadero de cadáveres.

No. 19. Edificio de las Tres Cabezas

El Edificio Boyacá o Bedout, mejor conocido como el Edificio de las Tres Cabezas, se construyó entre 1925 y 1928. Las esculturas de dimensiones colosales y hechas en cemento vaciado que coronan la estructura tripartita son creación de Bernardo Vieco. Representan las tres potencias: entendimiento, fuerza y voluntad. Según testimonios de la época son autoretratos del autor, famoso por sus pronunciadas ojeras. La edificación ubicada en el centro de Medellín fue la sede de la editorial Félix de Bedout e Hijos, impulsor del diseño gráfico en el país. Trece perros callejeros duermen en la entrada del que fue el primer edificio en ladrillo desnudo de la ciudad.

No. 34. Plaza Colombia y Obelisco de Uribia

Después de la guerra con el Perú el gobierno de Colombia se preocupó por hacer presencia en tierras limítrofes. Así, el capitán Eduardo Londoño recibió el encargo de fundar una ciudad en el desierto de la Guajira. Cumplió su tarea en 1935. La población estuvo a punto de llamarse Vascobia, en recuerdo del general Vásquez Cobo, pero finalmente fue nombrada Uribia en honor a otro militar: Rafael Uribe Uribe.

La forma octogonal de la Plaza Colombia trazada por Londoño está inspirada en la glorieta parisina de l'Étoile, donde convergen ocho avenidas y está emplazado el Arco del Triunfo.

El obelisco de Uribia tiene una altura de veinte metros y en lo alto ondea el pabellón colombiano. Está forrado en concha de nácar. Es una copia de uno de los tantos obeliscos que Londoño apreció durante uno de sus viajes a París.

No. 27. Leprocomio Caño de Loro

La separatio leprosorum era una ceremonia religiosa que se oficiaba durante la Edad Media para declarar enferma de lepra a una persona. La comunidad enterraba al enfermo simbólicamente arrojándole tres paladas de tierra sobre la cabeza en una tumba abierta. Después era obligado a exiliarse. Tenía que vestir de gris, pedir limosna y llevar una campana atada a la cintura para anunciar su presencia. El enfermo era declarado muerto con fines legales. Con el tiempo estas personas fueron aisladas en sitios conocidos como leprocomios o lazaretos.

Desde 1796 hasta 1950 funcionó uno de los tres grandes lazaretos del país en la isla de Tierrabomba, cerca de Cartagena. Fue conocido como el Leprocomio de Caño de Loro. En 1950, por orden de Jorge Cavelier, ministro de Higiene, quinientos enfermos de Caño de Loro fueron trasladados vía aérea a Flandes, Tolima. De allí fueron conducidos en tren hasta Tocaima y finalmente al lazareto de Agua de Dios. El vagón del tren ambulancia, como se le conocía, estaba decorado con la Cruz de Malta, símbolo de la Soberana Orden Militar y Hospitalaria de San Juan de Jerusalén, de Rodas y Malta.

Los lazaretos eran pequeñas repúblicas. Circulaban cigarrillos especiales que la empresa Garnica de Bucaramanga donaba a los enfermos por compasión. Cada cigarrillo está marcado con la palabra Leprocomio. El gobierno mandó acuñar en cuatro oportunidades (1901, 1907, 1918, 1928) monedas para uso exclusivo en los lazaretos.

El leprocomio de Caño de Loro fue sometido a un bombardeo aéreo entre los días 20 y 24 de septiembre de 1950. Aún se pueden encontrar vestigios de las edificaciones coloniales construidas en calicanto y tejas. UC

RESTAURANTE

LA ESTANCIA

DESAYUNO \$2.200
Huevos revueltos,
arepa con mantequilla
y café con leche

NUEVA ADMINISTRACIÓN

MENU DIARIO
\$ 3700

Sopa:
Frijol, Sopa

Seco:
Arroz, Principio
Ensalada y Arepa

Carne:
Asadura, Albondiga
Chicharrón, Chorizo,
Oreja, sudada, Pollo

Sobremesa:
Jugo natural
Mazamorra y Bocado

SERVICIO DE CAFETERÍA
De 7:00 a.m. a 7:00 p.m.

FINES DE SEMANA VIEJO TK
Porros, gaitas y cumbias

PARQUE DE BOLÍVAR
No. 54-15 • Tel. 513 19 49

Dices que te pone triste la bruma de la ciudad

por DORA LUZ ECHEVERRÍA

A las seis de la mañana nadie que no fuera Tista Botero se hubiera atrevido a tocar la puerta. Después de mediodía, y hasta bien entrada la noche, prácticamente cualquiera podía entrar: desde los amigos más amigos hasta los emboladores, vendedores de confites, estudiantes del centro en busca de una tarea, curiosos, ahijados o protegidos, todos entraban por el zaguán y asomaban la cabeza hasta que Manuel levantaba la suya y los hacía pasar. Pero temprano en la mañana era casi un sacrilegio. Con Tista era otro cuento: iba todos los días a misa de cinco en La Candelaria, y de ahí, cuidando meticulosamente un intervalo de varias semanas para no volverse cansón, como decía, subía cada tanto a buscar a Manuel.

En el día la puerta del zaguán se mantenía simplemente ajustada a pesar de que estábamos en pleno centro: Perú entre El Palo y la Avenida Oriental. Casi en ruinas, la casa todavía está allí: un caserón donde, en el fondo y entrando por lo que se llamaba la puerta falsa, Roxana Mejía, hermana de Manuel, había transformado un solar en su taller de cerámica. Las habitaciones que daban a la calle se las alquilaron a José, un viejo chatarrero, precursor de los anticuarios que más tarde le darían nombre al sector: “la calle de los anticuarios”. El resto de la casa se volvió el apartamento: lo que llamábamos el apartamento era realmente un patio invadido por una enredadera, con un salón al fondo que en su tiempo había sido el antiguo comedor, una cocineta precursora de lo que hoy llaman cocinas de las “viviendas de interés prioritario”, y una pieza grande que daba directo al patio. El lavamanos, en un rinconcito al lado de la mesa de comino crespito que hacía de escritorio y de comedor indistintamente, se encontraba en pleno corredor.

Últimamente había, sin embargo, un nuevo ingrediente que Tista desconocía: el patio estaba lleno de pañales colgados de cuerdas atravesadas por todos lados. Además, en vez de la sonrisa en la cara de Manuel, esta vez abrió la puerta el desconcierto de una muchacha cargando un bebé. Apenas masculando una disculpa, sorprendido por la teta casi al aire y el bultico en los brazos, me miró con una timidez y unos ojos de niño asustado que me hicieron saber exactamente que no podía ser otro que Tista Botero, así que cuando le pregunté, segura de la respuesta, “usted es Tista, ¿cierto?”, el tartamudeo fue todavía mayor y pudo apenas pronunciar “sí, yo soy Tista”.

Estoy segura de que no se desvaneció porque afortunadamente Manuel apareció detrás de mí en ese momento, tranquilizándolo mientras atravesaban el patio entre los pañales. Entonces presencié por primera vez algo que se repetiría varias veces: Manuel sentía un afecto profundo y una ternura infinita por Tista, y éste por Manuel, y compartían el amor por la poesía y la bohemia y los recuerdos de pueblo. Pero Tista, católico a más no poder, fue aislándose de sus amigos hasta que terminó diciendo con resignación: “solo me quedaste vos, Manuel, el resto no entiende nada”. Le gustaba tomarse sus traguitos



y se volvió copisolerero. ¿Dónde iba a encontrar gente para declamar a Valencia, a Barba? Además, estaba lo de la misa: iba todos los días, sin faltar nunca, a rogar por los amigos de toda la vida, esos que tenían la condena eterna asegurada: “decime Manuel, ¿yo qué voy a hacer en la otra vida? ¿Vos te imaginás yo rodeado de ángeles y querubines tocando violín? A mí me gustan son las puticas y los tangos, y conversar, y oír vulgaridades en la cantinas. ¿Yo con quién voy a charlar allá en el cielo, Manuel, yo qué voy a hacer solo en el cielo? Yo creo que vos, de pronto, te podés salvar, Manuel. Hoy ofrecí la misa por vos y le pedí a la Virgen que te salvara. Manuel, salvate vos siquiera que los otros sí están perdidos”.

No era un chiste: era una obsesión que lo angustiaba terriblemente. A mediados de la mañana le tocó ver como bañábamos y asoleábamos a Pablo Mateo. “¿Querés oír tu canción, hombre Tista?”, le dijo Manuel. Era otro de sus rituales, oír su canción. “Pero esta vez te tengo una sorpresa”. La sorpresa era yo: saqué la guitarra que todavía me acompañaba y comencé a cantar la cancioncita que toda la vida había sido “la de Tista”, un Tista que ese día al fin conocí:

“Dices que te pone triste la bruma de la ciudad / camina, mi amor camina, camina conmigo a Pandi / Ahora que están floreciendo cámbulos y gualandayes / Ahora que están floreciendo cámbulos y gualandayes...”

Fue la primera vez que le canté su canción. Volvería otras mañanas, le rogaría a Manuel que se salvara, este le propondría más bien la opción de condenarse juntos, cantaríamos la canción varias veces. Pero ese día Tista se quedó en silencio mucho rato. Después, levantándose para despedirse, dijo mucho más tranquilo: “vos ya te salvaste, Manuel, esto es el paraíso”. UC

DESCUBRE 3 ESTILOS DISTINTOS
EN EL MISMO LUGAR

WALL STREET FONDA

Central Park

Cab Bar

Radio City

— Disfrútalos al barril —

Industria Colombiana Inducerv

WWW.APOSTOL.COM.CO

Prohíbese el expendio de bebidas embriagantes a menores de edad, Ley 124 de 1994. El Exceso de alcohol es perjudicial para la salud, Ley 30 de 1986.

Bocas de ceniza por CAMILO JIMÉNEZ

Adam Zagajewski



“En cierto modo, cada poema es un manifiesto” o parte de un manifiesto. “Un libro es como una Constitución: cada poema es un artículo” dijo en una entrevista en 2002 Adam Zagajewski. Seguro le preguntaba la periodista por su pasado militante en su Polonia natal, y el paulatino abandono de los motivos inmediatos —políticos, sociales— en sus poemas cuando dejó su patria y se fue a vivir a París. Eso fue en la década del ochenta. A partir de allí comenzó a buscar —diría yo que a encontrar— motivos universales en la poesía. Sus poemas, publicados con pulcritud en español por Pre-Textos y Acantilado, deslumbran, o mejor, alumbran. Sus libros en prosa vertidos al español —*Dos ciudades* y *En la belleza ajena*— también son poderosos. Es un poeta de talla, como sus compatriotas Czeslaw Milosz y Wislawa Szymborska. Hago una selección breve e injusta de dos libros: *Poemas escogidos* (PE, traducción de Elzbieta Bortkiewicz, Pre-Textos) y *Antenas* (A, traducción de Xavier Farré, Acantilado) a manera de invitación a buscar sus libros y leerlos despacio. A releerlos. Como dice uno de los versos suyos que más me gustan, en los libros de Zagajewski “la poesía acecha”.

--
Me gustaba imaginarme tus andanzas
por los montes de la poesía, la búsqueda de aquel lugar
donde el silencio de pronto estalla en habla.
(PE)

--
Habla más suave: eres mayor que aquel
que fuiste tanto tiempo; eres mayor
que tú mismo y sigues sin saber
qué es la ausencia, el oro, la poesía.
(PE)

--
Justo bajo el muro, donde crecen los negros hierbajos, se escondió la oscuridad.
Hay quietud absoluta. Los cabellos del mundo crecen.
(PE)

--
Alaba al mundo herido
y la pluma gris perdida por un mirlo,
y la luz delicada que vaga y desaparece
y regresa.
(PE)

--
entrar en los subterráneos de tu metro,
donde Perséfone murió de añoranza, y en los
barrios pobres, donde la virtud y el delito

Adam Zagajewski, *Poemas escogidos*,
Valencia, Pre-Textos, 2005. Traducción
de Elzbieta Bortkiewicz.



pasean solemnes como Laurel y Hardy,
probaré hallar las señas de la tortura y el éxtasis,
los últimos jirones de tu vocación,
a encontrar este noble canto que escapa
de unas manos infantiles hacia arriba,
como un globo, probaré a encontrar tu amor,
una fracción de tu fe.
(A)

--
Murió con diecinueve años.
No sabemos si fue bella y coqueta,
o si recordaba aquellas muchachas
con gafas, secas, inteligentes,
ante las que se esconden los espejos.
(A)

--
... y los bolsillos
de la memoria como una chaqueta de
caza en otoño,
la periferia de una ciudad animada, un desierto
donde nada ocurre,
no hay actores famosos,
nunca aparece ni un político ni un periodista,
pero a veces en el vacío nace de repente la poesía,
y empiezas a entender que fue justo aquí donde se
detuvo tu
infancia...
(A)

--
Alrededor de nosotros se extiende la prosa del mundo,
y en un ventrículo del corazón, la poesía acecha.
(PE) UC

Ilustración por Daniel Gómez Henao

Calle 27 Sur N° 43A - 61
Teléfono: 448 24 04
www.otraparte.org
Horario de atención:
3:00 p.m. - 11:00 p.m.

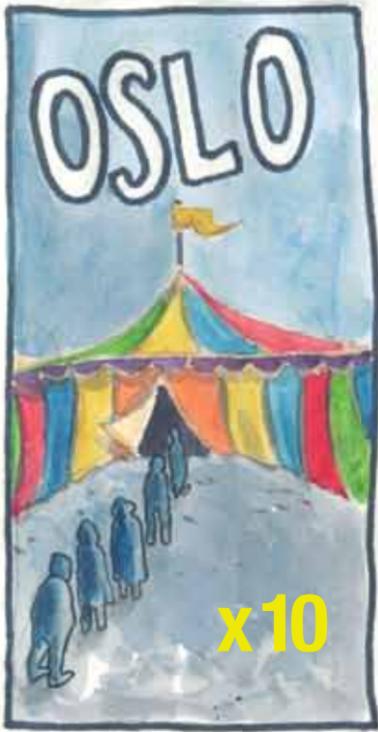
LA LIBRERÍA DE
OTRAPARTE

cohete.net

dulce
compañía

RESTO - CAFÉ

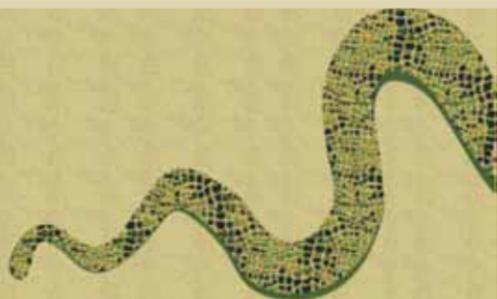
Clínica las Américas 3458890
Universidad CES 3521097 / Calle 10 a #22-04
Clínica CES 5767232 / Carrera 50 c#58-55



...CON LA GROUPIE HOLANDESA



La Boa
cantina
constrictor



“Así es el tango, sabés, de ayer y de hoy, requiebro y pena de amor. Si no entendés, escuchá lo que te digo, que los barrios son testigos de que cuento la verdad.”

Homero Manzi

Calle 53 No 43-59 Maracaibo • Tel. 239-3580

Los navegantes españoles trajeron hasta América esa caña que daba miel sin necesidad de abejas. Sus caldos se convirtieron en un nuevo dorado para transar en los mercados de Asia y Europa. Para el oro y el azúcar usaban los mismos cernidores en los palacios. Remediaron el despojo entregando la caña mágica para miles de tradiciones americanas. Ahora los tambores y los cantos suenan distinto.

Uslar Jiménez y Arreola 1842



 *Ron
Medellín*
Extra Añejo · Gran Reserva

EL EXCESO DE ALCOHOL ES PERJUDICIAL PARA LA SALUD LEY 30 DE 1986
PROHIBASE EL EXPENDIO DE BEBIDAS EMBRIAGANTES A MENORES DE EDAD LEY 124 DE 1994